

# Editorial

¿Cuáles son los miedos que sentimos? ¿Por qué? ¿Qué nos quieren decir? ¿Qué hacemos cuando los sentimos? ¿Cómo los manejamos? ¿Qué tienen que ver los miedos con el poder? ¿Por qué reflexionar sobre ellos desde los feminismos?

Los miedos, como tantas otras cosas que articulan nuestras vidas, son también una cuestión que se relaciona con las diferentes intersecciones que nos atraviesan y a las que no siempre estamos del todo atentas. Nuestros miedos tienen que ver con nuestros privilegios, sí: no da igual ser blanca, negra o india, tener o no tener papeles, tener trabajo estable o estar en paro y sin un duro, sostener o no cargas de cuidados; la manera de acercarte al mundo y a sus fantasmas depende mucho de si a tu cuerpo lo llaman *niña* o *niño*; no es lo mismo tener miedo a los monstruos de los cuentos que a monstruos de carne y hueso; no es lo mismo, no, volver a casa por la noche temiendo que te hagan daño. El miedo es cuestión de clase, de género, de color de piel, de orientación sexual, de experiencias vitales y aprendizajes. ¿Sorpresa? No, pero a veces se nos olvida.

También hemos aprendido que el miedo, cualquier miedo, puede ser un punto de partida. Es así para muchas, aunque el recorrido de cada cual sea muy diferente. Y es que, en esta cuestión, las palabras son de corto alcance, pues, aunque le pongamos el mismo nombre, nadie excepto cada una de nosotras puede saber cómo siente la otra un miedo. Hay miedos que a unas nos bloquean y que a otras, sin embargo, nos mueven a la acción. Diferencias, siempre diferencias. No hay soluciones mágicas, no hay verdades absolutas. Compartimos experiencias, tratamos de entendernos e intentamos acompañarnos. Ser más fuertes junto con las otras, abandonar la culpa, ocupar el espacio. ¿Por qué entonces no escapamos en los feminismos del miedo a la otredad?

Y es que el miedo a lo diferente construye fronteras interiores difíciles de saltar. ¿Qué pasa cuando, además,

salimos de las fronteras físicas de nuestros países de origen y nos planteamos vivir en otros lugares? ¿Qué miedos aparecen entonces?

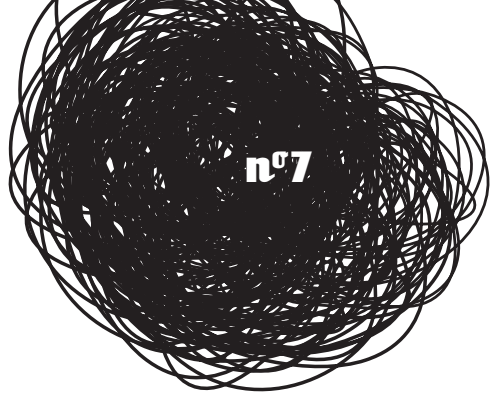
¿Y cuando las fronteras no son físicas? Cuando tenemos miedo al rechazo, a salir de «la normalidad» impuesta, a no encajar en un mundo heteropatriarcal que no está hecho a nuestra medida, aparecen los miedos a salir del armario, a asumir identidades diversas, a tener o a no tener privilegios. Incluso en la cama, no nos escapamos.

Caminar por una calle oscura de vuelta a casa nos sigue dando miedo. Andar en bici y sentirnos observadas, también. Miedos provocados por la violencia estructural que nos impone el patriarcado. Incluso participar en política puede generar miedos cuando supone asumir estructuras y formas de poder jerárquicas y preestablecidas.

Otros miedos, quizás de forma más sutil, están también condicionados por el lugar desde el que experimentamos el mundo: el miedo a escribir, el miedo a la muerte, a la vejez, el miedo a hacer algo mal, el miedo a la precariedad, al abandono...

El miedo puede aparecer como un animal que nos visita, que nos revuelve, que nos agarra y que no nos deja ver ninguna otra cosa que no sea el propio miedo. Pero, ¿y si al hablar de nuestros miedos estamos hablando también de nuestros deseos?

Y es que, no hay miedo que no tenga su contraparte, no hay temor sin resistencia: los feminismos, alternativa y campo de batalla; el tiempo como aliado; la autodefensa feminista para que «el miedo cambie de bando»; el aprendizaje colectivo o las mil y una formas cotidianas de enfrentarnos a los miedos; son todas ellas estrategias que a algunas nos sirven y que en este número compartimos por si pueden ayudar a otras. ¿Quién dijo *miedo*?



**Y tú, ¿qué opinas? 4**

**6 Hoy ha vuelto a visitarme el animal**

**De los miedos en el espejo a los  
encuentros en la frontera 9**

**12 Miedo sin fronteras**

**Y yo que no temía al armario 15**

**18 De camino quiero ser libre**

**Que viene el hombre... o de la instrumentalización  
del miedo como estrategia política de sumisión de las mujeres  
y las minorías sexuales y de género 20**

**23 Collage sin título, ni miedo**

**¡Corre, gordita, corre! 24**

**27 Las bicivoladoras. ¿Quién dijo miedo?**



**cambalache feminismo**

**Edita | cambalache**

Esta revista es un proyecto autogestionado que se sostiene a través de su venta. Por ello, te animamos a comprarla, difundirla y distribuirla.

Se trata de una aventura colectiva en construcción, abierta a aquellas personas interesadas en participar en ella. Puedes pasarte por el local del colectivo, escribirnos o llamarnos para contarnos tus propuestas. Más información en:

**C/ Martínez Vigil 30, bajo.**

**33010 – Oviedo**

**Tfno.: 985 202292**

**www.localcambalache.org**

**lamadeja@localcambalache.org**

**Equipo de redacción:** Ana García Fernández, Celia García López, Irene García Rocas, Inés Herrero Riesgo e Irene S. Choya.

**Diseño y maquetación:** Amelia Celaya.

**Imprenta:** La Cooperativa.

**Colaboraciones:** Alma María, Nagua Alba, Nacho Álvarez Lucena, Bitxo, Luciana Caamaño, Laura Casielles, Carolina Checa Dumont, Carmen G. de la Cueva, Olga García Rocas, Germán Domínguez Pérez, Patricia Dopazo Gallego, Ana Fernández, June Fernández, Cruz García Casado, Laura Gutiérrez, Roxana Gutiérrez Portugal, Nadia Hindi, Ana Jiménez Talavera, Leo Kulisevsky Plaza, Mónica Ortiz Ríos, Tania Parducci, María Rodríguez Suárez, Eduardo Romero, San de Asuán, Ele SG, Ana Sánchez Palomo, Teresa Soto, Carmen V. Valiña, Cristina Villalba Augusto, Valecitas.

D.L.: AS-3139-2010 | ISSN: 2171-9160

**La tentación del fracaso  
o Virginia, tu obstinación nos  
servirá de ejemplo 30**

**33 Bombillas y laberintos**

**Afrontar los miedos. Algunas pistas (que no  
prometemos que funcionen) 36**

**38 Detrás del miedo, el desierto**

**Modos de decir *miedo* 41**

**44 El ulular del tiempo**

**Escritos posibles sobre el abandono 46**

**48 Nudos**

**¿Qué pasa cuando dejamos de tener miedo a  
defendernos? ¡Que el miedo cambia de bando! 50**

**53 ¿Yo no soy un hombre?**

**Medrana 55**

**Ficciones de vida. Cuando la identidad es  
cuestionada y en el sistema salta error 57**

**60 ¿Las Malqueridas?**

**Sesión grupal de Arteterapia Gestalt**

**Bucles en la sexualidad. Experiencias subjetivas  
sobre miedos y sexualidades 63**

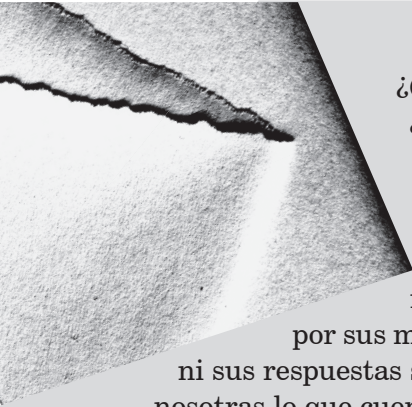
**66 Volviéndose viento**

**Abrazo de agua. Sobre pérdidas y comunes 69**

**72 Miedo a la precariedad: montañas, dineros,  
triángulos invertidos y estrellas**

Todas nuestras publicaciones están editadas bajo **licencia copyleft**; esto significa que está permitida su reproducción, modificación, copia, distribución y exhibición, siempre que se haga citando a la autora o autor, sin ánimo de lucro y bajo la misma licencia.

**Frente a cánones e impuestos**, creemos que el interés de la edición es difundir contenidos, servir de herramienta educativa y generar debate; por eso, todas nuestras publicaciones se pueden descargar gratuitamente en **www.localcambalache.org**.



¿Cómo influye el contexto y la socialización en el aprendizaje de los miedos?  
¿Por qué parece que hombres y mujeres tenemos diferentes miedos? ¿Somos más miedosas las mujeres?

No pretendemos contestar a todo esto, pero estas preguntas son las que nos impulsaron a dirigirnos a personas pequeñas y jóvenes para preguntarles por sus miedos. No sabemos hasta qué punto las personas a las que hemos preguntado ni sus respuestas son representativas de la sociedad en la que vivimos, pero no nos importa. A nosotras lo que cuentan nos ha hecho pensar y sentir que queda mucho por descubrir.

**Daniela,**  
**4 años**

Tiene miedo a los monstruos que aparecen de noche si no hace las cosas que su abuelita le manda. «Las mamás monstruo van en tacones y riñen a los niños monstruos. Yo soy una niña, me porto mal, ime castigan!».

**Daniel,**  
**5 años**

No tiene miedo a nada.

**Mateo,**  
**5 años**

Tiene miedo a la oscuridad por los fantasmas y los monstruos. De pequeño también le tenía miedo a los sonidos fuertes o demasiado altos.

**Teo,**  
**6 años**

Tiene miedo a la oscuridad y a los ladrones.

**Sergio,**  
**6 años**

Tiene miedo a las serpientes y a los bichos que pican y te pueden matar.

**Luis,**  
**6 años**

Tiene miedo a las avispas y a las serpientes porque te pueden matar.

**Irea,**  
**8 años**

Dice que a nada. Su madre dice que tiene miedo a las películas: siempre hay algún malo persiguiendo a algún bueno... y lo pasa fatal hasta que se soluciona.

**Carmen,**  
**8 años**

Tiene miedo a las arañas.

**Tete,**  
**9 años**

Tiene miedo a los perros. Cuando era pequeño un perro le mordió la cabeza.

**Paula,**  
**12 años**

Tengo miedo a la muerte. Mi abuela murió hace un año.

Yo nunca me sentí identificado con el sexo que me asignaron al nacer. Desde pequeño sufrí desprecios y humillaciones por no cumplir con mi rol de hombre correctamente: me vestía y visto con ropa de mujer (también de hombre), me maquillo y –según muchas personas– hablo como una chica. Mi abuela –que fue quien me crió– siempre me trató de forma despectiva y en la escuela sufrí acoso escolar. Por todo esto, tengo miedo a las personas de mi edad. Tengo miedo a que me insulten o me hagan daño.

Tengo miedo a no encontrar el amor verdadero, un amor sin dependencia. Esa persona con la que pasaré una gran parte de mi vida. Porque el amor es muy importante, si no encuentro a alguien así, creo que no seré feliz.

Tengo miedo a no encontrar pareja. Porque no quiero estar solo.

Yo no tengo miedo. Tener miedo es de débiles.

Tengo miedo a que me hagan daño. Soy una persona muy sufridora, que confía muy rápido y a la que siempre hacen sufrir.

Tengo miedo a las personas, a hablar con ellas... Siento que siempre me van a juzgar. Que no soy lo suficientemente guapa, ni lista... Me da vergüenza hablar, tengo miedo de que vean lo poco que valgo la pena.

Tengo miedo a no aceptar nunca mi cuerpo. Sufro bulimia, vomito todo lo que como, soy asquerosa y vomitar es asqueroso. Mi cuerpo es horrible, tengo unas piernas gordas, mi cara es horrible, grande y brusca. Soy horrible.

Antes tenía miedo a que me violaran, lo intentaron una vez. Ahora, mi mayor miedo es despertarme una mañana, ser adulta y no haber sido capaz de lograr la vida que quería. Porque a mi madre le pasó lo mismo, es una mujer atada a sus hijxs, su casa y su marido. Yo no quiero eso.

Tengo miedo a que me lleven por un camino que yo no quiero. Que me digan cómo vivir, la sociedad y mi familia. ¿Por qué? Porque estoy loco y quiero ser libre. No quiero ser como mi padre, trabaja trabaja trabaja. Sólo sabe hacer eso. Y mi madre cuidarme a mí, la casa y el trabajo fuera. No quiero ese esquema de vida.

Tengo miedo a las relaciones amorosas. Al compromiso que marcan. Me produce ansiedad que una persona me coma todo el tiempo, que me intente poseer. Viví una relación así, me presionaba diciendo que nos besáramos, que todos sus amigos lo hacían con sus novias... Teníamos que hacer *todo* juntos y vernos *todos* los días. Yo tuve las herramientas para darme cuenta de la situación y cortar. Pero hay chicas que no las tienen. Ahora, tengo miedo a encontrarme en algo así otra vez. Se podría decir que tengo miedo a querer como yo verdaderamente siento, de una forma libre. Mi forma parece ser que no es la adecuada.

**Daniel,**  
**15 años**

**Nerea,**  
**17 años**

**Víctor,**  
**17 años**

**Mario,**  
**17 años**

**Celia,**  
**17 años**

**M.,**  
**17 años**

**X.,**  
**17 años**

**Julia,**  
**17 años**

**Pelayo,**  
**17 años**

**María (M.C.),**  
**17 años**

# Hoy ha vuelto a visi- tarme el animal

Laura Casielles

(...)  
Este animal del que no puedo escapar conmigo va,  
y me ha seguido desde que el negro útero me sostenía,  
moviéndose conmigo, distorsionándose los gestos,  
una caricatura, una henchida sombra,  
el payaso estúpido de los designios de mi ser,  
que ofende y obnubila con su propia oscuridad,  
que alienta oculto en el vientre y en los huesos,  
opaco, demasiado próximo, mi secreto, y aún así desconocido,  
que se yergue para abrazar a ésa a la que amo,  
con la que quisiera caminar, de no estar él tan cerca,  
groseramente la manosea, a pesar de que me bastaría  
tan sólo una palabra para desnudar mi corazón y mostrarme  
como soy  
(...)

Delmore Schwartz

Hoy ha vuelto a visitarme el animal. Desde la mañana supe que vendría: conozco los signos. Primero nubes negras en los ojos, como profecía triste de una derrota que, por lo demás, nada augura. Ruido de tambores en el fondo de los oídos, un zumbido que distorsiona todas las canciones. Fuertes seísmos en las manos y en la voz.

Ante los signos, la respiración se entrecorta, los latidos se aceleran, las palabras se empiezan a enmarañar. Mientras, los contornos del animal se van definiendo. Como si saliera de una niebla allí en el horizonte, aparece, a velocidad variable. Sus ojos. Su pelaje. Su color.

Poco a poco se acerca: sé que aún puedo irme, pero no me muevo. No escapo. A veces porque quiero asumir el desafío, sostenerle la mirada, pelear. A veces porque su fealdad ejerce una atracción extraña, quiero verlo más de cerca. A veces porque deseo, simplemente, que me embista, que me tumbe, que me dé una razón para la quiebra.

Y ahora ya está aquí. Su olor que invade todo, su gruñido, el calor agobiante que transmite. Y ahora sí que me quiero ir: pero es tarde. Me ha puesto una zarpa negra sobre el pecho. Me revuelvo, pero pesa demasiado como para que me logre levantar.

*Miedo a decirlo. Miedo a no decirlo. Miedo a las consecuencias de decir y de no decir.*

*Miedo a la respuesta. Miedo al silencio que hay cuando no hay respuesta.*

*Miedo al ridículo. Miedo a dar miedo.*

*Miedo a la norma. Miedo a la libertad. Miedo a construir mal. Miedo a generar otra norma.*

*Miedo a querer. Miedo a no ser querida. Miedo a ser demasiado querida. Miedo a no estar queriendo bien. Miedo a necesitar. Miedo al modo en que me hago necesaria.*

*Miedo al oasis: miedo al espejismo.*

*Miedo a mí.*

Hoy me vino el león muy de mañana  
mostrándome su lengua blanquecina,  
su mala digestión, su soledad.  
Me vino de costado, gris oscuro,  
rastreando las sombras, los recuerdos,  
sin saber su estructura ni su origen.  
Sus melenas cayeron en mi almohada,  
vencidas, sudorosas, como en días lejanos  
(...)  
Cada vez más humano se me clava  
y bosteza de nuevo. Y yo me extendiendo  
sin espacio ni senda  
(...)

María Teresa Cervantes

Siento despertarte tan  
temprano,  
  
pero hay  
un monstruo en el armario.  
  
Belize

*Miedo al poder de otros sobre mí.*

*Miedo, sobre todo, a decidir.  
Porque miedo, sobre todo, a cometer un error.*

*Y a que, tras el error, ya no me quieran.*

Cómo come, el animal. Con gula, con avaricia, con exceso.

Come amor y escupe distancia.  
Come amor y escupe malentendido.  
Come amor y lame lo que no come para que no lo coma nadie.

Sobre todo, se alimenta del silencio: lo masca, lo rumia, lo destila.  
A quien le quedan marcados sus dientes es a mí.

*En todos los amores que he visto morir, mucha culpa era del miedo.*

*El miedo nombra cosas que no van a ocurrir; y porque las nombra ocurren.  
El miedo no es que vea los peligros: es que los construye.*

*Señala pensamientos oscuros y justifica en un posible daño futuro que nos  
metamos en ellos hasta la raíz, con la excusa de que es mejor saberlo todo. Pero  
es tan fácil entonces quedarse ahí, regodeándose en la tristeza. Tan fácil entonces  
tomar las visiones por verdad.*

*El miedo echa sobre los demás la culpa de que no podamos quitarnos al animal de  
encima.*

Cuando el animal va conmigo, siento que sobro en cualquier parte. Su suciedad lo enturbia todo, me avergüenzo, me voy a esconder. Por el camino le golpeo pero no soy capaz de echarle. Cobarde yo, que me lo llevo (aunque sea a golpes) en lugar de hacer que se vaya. Cuando llegamos a casa y estamos solos se ha hecho aún más



grande. Se mete en mi cama y me susurra pesadillas.

Se me pone delante y se mueve si me muevo, para que no pueda ver nada que no sea a él.

Siempre con su paso torpe aplastando las flores, desmembrando con pesadez lo que era bello.

*Miedo a perder la luz.*

*Miedo a que descubran que no soy lo que piensan.*

*Miedo al miedo que voy a sentir cuando me quede sola: miedo al vacío; miedo al fin de semana.*

*Miedo a que la decisión tomada sea errónea. Miedo a que sea irreversible.*

*Miedo a no volver a tener nunca algo que una vez conocí, y que perdí, y que extraño.*

*Miedo a que hubiera un sentido y yo no haya sabido verlo.*

*Miedo, por supuesto, a que no haya sentido.*

*Miedo al deterioro. A la rutina. Al estallido.*

*Miedo a cambiar demasiado lo que soy.*

*Miedo a asumir que tal vez no sea otra cosa que ese ir cambiando.*

*Miedo a ese sueño aterrador y recurrente en el que no veo, y no quiero decírselo a nadie.*

Algunas, escasas veces, he tenido éxito en mi estrategia y le he puesto a bailar. Como un oso de feria, como un mono de circo, baila grotesco de mi mano.

Pero qué tristes se quedan en la noche las ferias, los circos, los zoos.

*Miedo a estarme engañando.*

*Miedo a estarme engañando.*

*MIEDO A ESTARME ENGAÑANDO.*

Algunas, escasas veces, no gana. Logro quizá darme la vuelta cuando empieza a aparecer, o reírme de sus andares torpes, o argumentar contra sus brutos rugidos. Logro decirme: «ya sabes, es sólo el animal, luego se va».

Me siento entonces reina de las amazonas, la que hizo con su mirada que el animal se fuera, encantadora de bestias imposibles de domar.

Pero no se me olvida que no siempre se gana.

No se me olvida que este animal de pesadilla no es de una raza mortal.

*A veces me pregunto: ¿podría alguien ayudarme a combatir a esta l*

*Pero, claro: inmenso miedo a dejar que alguien vea al animal.*

*¿Qué sería yo entonces, a sus ojos?*

| Miedo.

# De los miedos en el espejo

Carmen V. Valiña y Nadia Hindi

## a los encuentros en la frontera

Hablar de miedos entre feminismos es hablar de relaciones encarnadas en historias y cuerpos concretos. Ésta puede ser una manera de contar los nuestros desde puntos de partida muy dispares que, como en las buenas historias, se acaban juntando al final del camino.

### El viaje

**CARMEN:** Era difícil de pequeña tener miedo al islam en un pueblo de dos mil habitantes al que nunca llegaban extranjeros. Y, sin embargo, ahí estaba la única figura que nos recordaba al otro: el vendedor de alfombras marroquí que iba de tienda en tienda ofreciendo su pesada mercancía a potenciales y desganados compradores. Durante muchos años ésa fue mi única imagen directa del mundo árabe e islámico: un hombre moreno, comerciante, al que se miraba con recelo desde la torre de vigilancia de nuestro pequeño mundo. Tuvo que pasar mucho tiempo hasta que me diese cuenta de que, en efecto, desde bien niña mamé un miedo atávico, casi instintivo, hacia esa suerte de mercader que hablaba diferente, que tenía otro color de piel: aquél ajeno.

Y entonces llegó Madrid y su Lavapiés mestizo, con Layla que me contaba historias de la vida en una Siria que sus padres habían tenido que abandonar cuando ella era muy pequeña. Y más tarde, el descubrimiento de un Tánger del que me enamoré sin apenas conocerlo, como en los verdaderos flechazos, y al que juré volver para quedarme.

Cuatro años después, yo soy la *otra*, la que viene de fuera, la que habla diferente. Resulta curioso pensar lo inhabitable que habría sido mi vida si los tangerinos me mirasen como en mi infancia se miraba a los comerciantes de alfombras. Una, sin duda, tiene que ponerse al otro lado del *espejo* para percatarse del miedo que a menudo provoca el reflejo del *otro*. Al lado de la *otra*. Porque cuatro años después, cuando en Galicia me preguntan por las marroquíes, el listado de cuestiones incluye pañuelos (cuando no burkas) obligatoriamente impuestos por el padre o el marido, matrimonios forzosos de niñas analfabetas e hijos robados a sus padres al más puro estilo de película de sobremesa del domingo. No entran en la ecuación las chicas que combinan el *hiyab* con los zapatos como auténticas blogueras de moda, las universitarias que no llegan vírgenes al matrimonio o las camareras que han decidido que nunca se

Una, sin duda, tiene que ponerse al otro lado del *espejo* para percatarse del miedo que a menudo provoca el reflejo del *otro*.

van a casar para poder seguir manteniendo su libertad. Tampoco las que, siendo inmensamente diferentes a como soy yo, se cruzan conmigo en el mercado y me sonríen cuando me escuchan hablar en otro idioma. Un idioma diferente que, cosas de la vida, en mi pequeño pueblo nos provocaba tanto miedo.

**NADIA:** Crecí rodeada de mujeres fuertes, fuera y dentro de la casa. Allá es sabido que las iraquíes son así, de personalidad fuerte. Aunque es una simplificación, ese simbolismo cinceló nuestra subjetividad, formando parte del legado femenino y feminista, lo que choca con la imagen de *la mujer árabe y musulmana* que luego me encontré en Occidente, producto del desconocimiento, la colonialidad y, también, de los miedos hacia las *otras*.

La invasión de Kuwait y la posterior Guerra del Golfo entre Iraq y EEUU empujaron a mis padres a tomar la decisión de instalarse en el Estado español. Pasado el tiempo fuimos abandonando la idea de volver, para vivir en un lugar diaspórico que te sitúa en una fluctuación permanente. Reconozco que quedarnos aquí fue un alivio para la adolescente de entonces, y no era porque temiese que me obligaran a llevar el velo o a casarme o a quedarme en casa después de acabar los estudios. Nada de eso constituía una amenaza real en mi vida ni en el imaginario de lo cotidiano, urbano y de clase media. Pero, por el contrario, sí sentía que me liberaba de la presión social de la vida en Bagdad. Esa dependencia de la familia, junto al temor del qué dirán, chocaban con mi tendencia a la individualidad.

A pesar de reconocerlo, me produce algo de miedo (o excesivo cuidado) hablar con no-árabes de las cosas que no me gustan de mi *otra* cultura, miedo a ser manipulada por los discursos arabófobos e islamófobos o simplemente eurocéntricos. El contexto actual de racialización de lo árabe e islámico, la virulencia de las increpaciones, el convertir el islam en el tema por excelencia sobre el que cualquiera puede atreverse a opinar y lanzar juicios sin tener la más mínima idea produce una terrible violencia que, además, las mujeres musulmanas con velo experimentan en su propia carne. Esta violencia no sólo produce miedo, porque recuerda tiempos pasados que creíamos superados, sino que alimenta la desconfianza hacia aquellxs que opinan sobre mi/nuestras identidad/es e historia/s asumiendo el lugar de la verdad. Así, la sensación de no encajar parece que aumenta, y es algo con lo que tengo que lidiar: el hecho de que mi día a día se entreteje en este territorio junto a otras compañeras en una sociedad mucho más diversa a aquella que me acogió hace ya tantos años.

Un viaje que al final nos lleva a un encuentro...

**El encuentro**

**c:** Me miro en sus ojos y siento que hay un hilo invisible que nos une en nuestras diferencias porque, al fin y al cabo, españolas y marroquíes somos discriminadas dentro de nuestra sociedad en el trabajo, en las calles, en la política y la economía. Y porque unas y otras buscamos que nos respeten, que cuenten con nosotras. Perseguimos ser felices, cada una en nuestro pedacito de mundo, que ni es igual ni pretende serlo.

**n:** Mi miedo a no encajar se va transformando en el deseo de construir otra narrativa de lo que significa ser ciudadana de este país desde la diversidad y la interculturalidad. Habitar espacios identitarios fluidos puede hacer que estés y no estés al mismo tiempo; que te unas y te separes en algunos aspectos; que generalmente te sientas más cómoda en los cruces, en la mezcla, en lo *impuro*, en la *frontera*, ahí donde es fácil encontrarte con lo esencial del ser humano, de la persona, sin necesidad de pertrecharte tras una identidad militante, monocromática, estratégica.

**Y entonces, ¿cómo conjuramos nuestros miedos?**

**c:** Contra el miedo, la solución a veces se encuentra simplemente en el fondo de las miradas. En pararse un momento a pensar, en tomarse un té contemplando la vida pasar desde algún café de la *corniche*, del puerto tangerino que ha visto llegar españoles, franceses, americanos, que me ha visto a mí misma arribar tantas veces desde tan lejos, con mis prejuicios, mis temores, mis desconocimientos. A menudo, luchar contra el miedo significa, simplemente, saludar a aquel vendedor de alfombras que, quizás, haya dejado Galicia sintiendo la punzada amarga de saber que nos provocaba miedo.

**n:** Para encontrarnos cómodas en ese lugar de *frontera* creo que hay que admitir tanto lo que nos oprime como aquello que nos otorga privilegios respecto a alguien en un momento concreto; identificar las estructuras de poder y la hermenéutica que sostienen estos privilegios y opresiones. De este modo, quizás nos podamos reconocer, mirar a los ojos, escucharnos y hablar de igual a igual, sin miedo. Construir. 🌀

# Miedo sin fronteras

Roxana Gutiérrez Portugal

La idea de salir de mi tierra, de mi ciudad, de mi zona de confort, donde yo me sentía segura y protegida por los míos, estaba atravesada, entre otras cosas, por el miedo. Tener una familia implica tanta responsabilidad que el deseo de superación personal y profesional, a veces, no puede ir de la mano. Temía no poder ofrecer a mis hij@s todo lo que yo quería, así como no tener la posibilidad económica de seguir formándome en aquello hacia lo que yo había decidido orientar mi vida laboral, la psicología. Mi marido, mis dos hij@s y yo decidimos salir y migrar a un país extraño, desconocido, pero que nos permitiría en un tiempo determinado (cuatro años, en principio) disponer de un capital económico para continuar nuestros proyectos y nuestras vidas en nuestra tierra natal.

Llevo 10 años en España y continúo superando miedos. Al principio eran los típicos miedos a una nueva cultura, a sus costumbres, a su gente, temor a que mis hij@s no consiguieran adaptarse y que tuvieran limitaciones por venir de fuera.

También estaba el miedo al trabajo, un trabajo que no tenía ninguna posibilidad de escoger, un trabajo que jamás había llevado a cabo pero que estaba segura de poder hacer bien. Me atemorizaba si la familia estaría a gusto conmigo, si confiaría en mí para una responsabilidad tan grande como es el *cuidado* de una madre. Yo lo veía de esa forma. Trabajé los primeros años con dos familias distintas y, si bien tuve muy buena relación con ambas, el momento del despido por la muerte de la madre dejó una brecha abierta. Fue cuando comprendí que no tenía derecho a ninguna retribución por despido. No entendía por qué era así si yo había llevado a cabo un trabajo a tiempo completo. Me invadió entonces el miedo a encontrarme en situación de desempleo sin ninguna base económica y sin ninguna protección legal que me permitiera tomarme un tiempo para poder aspirar a otro sector laboral o emprender en aquello en lo que yo me había formado. No contaba con experiencia laboral más que en el empleo del hogar. Pero cómo podría tenerla si los tres primeros años no tienes ninguna posibilidad de elegir dónde quieres trabajar porque no cuentas con permiso de residencia. Eres *ilegal, sin papeles*

y te sometes a lo que se presenta porque de otra manera no puedes aspirar a regularizar tu situación y tienes miedo a que te devuelvan al lugar de donde viniste, porque eso frustraría tus proyectos, aquellos por los que tomaste esa dura decisión.

En el transcurso de estos años he tenido la oportunidad y la suerte de escuchar las historias migratorias de muchas mujeres, historias de lucha, historias de superación. Mujeres valientes que han vencido muchísimos miedos, muchas veces solas, que siguen en pie, firmes para seguir avanzando.

Una gran parte de estas mujeres también trabaja en el sector de empleo del hogar. Muchas lo hacen en la modalidad de trabajo interno, en una situación de desamparo tanto legal como psicológico. Legal, porque no se respetan los derechos básicos que por ley les pertenecen: si bien son contratadas, por ejemplo, para el cuidado de una persona mayor con o sin dependencia, su trabajo acaba siendo también atender a toda la familia en las labores domésticas, lo que implica tener una gran capacidad de organización. Situación de desamparo psicológico, porque no existe un seguimiento psicológico para acompañar a estas mujeres que pasan 24 horas diarias en un ambiente desconocido, llevando a cabo tareas para las que quizá no están preparadas. Mujeres que tienen una historia previa, muchas veces de conflictos familiares, que las desborda al no saber cómo enfrentarse a ellos, pero tienen que seguir.

Para poder explicar algo más sobre los miedos he querido compartir la historia de una de ellas.

María (nombre ficticio) es una joven madre soltera de dos hijas a las que tuvo que dejar en Bolivia para poder sacarlas adelante y que pudieran estudiar en la universidad, ya que ella no pudo hacerlo por no contar con los medios suficientes. Lleva ocho años en España, siempre trabajando de interna, sin ningún derecho de los que por ley le corresponden. A ella no le

importa, porque no tiene adonde ir en sus horas de descanso y se queda en la casa donde trabaja: está a disposición de la familia la mayor parte del día, sin descansos. Aun así, ella está agradecida y por ende en «deuda» con su empleadora, porque le ha hecho el «favor» de hacerle los papeles y conseguir la ansiada tarjeta de residencia que le permitirá trabajar de manera legal. Una vez adquirida, la familia decide prescindir de sus servicios y alegan que es porque la ven inestable emocionalmente. No, señora, es que María recibió una llamada con una noticia dolorosa de su familia que se encuentra a miles de kilómetros y no puede estar con ella. Pero eso parece no importar mucho a su empleadora, ya que la despide y no le paga lo que le corresponde. Ella calla, siente miedo a no tener una buena referencia para conseguir otro trabajo y ahora más que nunca necesita enviar la remesa a su país. Una vez más supera ese miedo y empieza a buscar por su cuenta otro empleo, no tarda en encontrar uno que sabe que no es en las mejores condiciones. Hay un hijo que la mira con desprecio y una hija que le deja claro cuál es su lugar en la casa. Le asignan la habitación del perro. Sí, no es que le den su habitación, le piden que si puede dormir con el perro. Ella calla, no le importa, le gustan los animales. Pero no termina de sentirse cómoda en ese espacio, donde pasará muchas horas del día y de la noche. Sigue, porque el miedo a estar desempleada y no poder ayudar a su familia la invade... No se siente segura desde que se enteró por casualidad de que es vigilada mediante cámaras para controlar sus movimientos en la casa, lo que come, cuántas veces entra en la ducha, etc. Llega un momento en el que no aguanta más. Decide irse por voluntad propia aún sabiendo que no tendrá ninguna protección. No le importa, dentro de esa casa su vida se estaba yendo entre lágrimas y desesperación. Esta situación provoca en María una terrible sensación de fobia a entrar en otra casa a trabajar de interna, lo cual le hace rechazar ofertas laborales. Actualmente lleva trabajos esporádicos de venta ambulante. Prefiere pasar días de calor o frío, no comer a su hora o no dormir lo necesario a ser nuevamente *esclava doméstica*.

María es una de tantas mujeres valientes que siguen luchando y construyendo historias de verdadera superación personal. Aunque aún tienen muchísimos miedos que no han conseguido superar, han aprendido a vivir con ellos para seguir su camino.

María, Roxana, Juanita... podría ser cualquiera, cada historia es real y única, pero con un denominador común: la lucha y la superación. 🌱

# Y yo que no temía al ar- mario

June Fernández

—Amama, este año voy a Galicia con Susanna.  
Buf, ya lo he soltado. Me ha costado semanas pronunciar esa frase, y mira que es sencilla. Los años anteriores había anunciado a mi abuela sin titubeos que aterrizaría en su piso de veraneo con mi amiga Bri, con mi amiga Amaia y su novio, o con mi segundo novio.  
—Claro, hija, ven con quien quieras.  
Intento descifrar la emoción que disimula (¿por qué creo que disimula?) con tan críptica respuesta. ¿La habrá pillado por sorpresa? ¿Se habrá resignado a mostrarse conforme? ¿Y qué dirá mi abuelo? ¿Cómo se lo contará? ¿Y mi madre? ¿Me llamará para decirme que le parece fatal que vaya adonde mis abuelos con mi novia?

Hace tres años que salí del armario con mi familia. Bueno, la verdad es que no salí por mi propio pie. Primero se enteró mi madre, porque leyó un artículo mío en el que contaba que raparme el pelo había sido una especie de rito de paso con

el que rompía con la heterosexualidad impuesta. Además de decirme que ella, que me ha parido, sabe que nunca presenté «indicios de homosexualidad», me pide: «No se lo vayas a decir a tus abuelos». Así que mis abuelos, extrañadísimos porque yo (que soy un libro abierto) llevase años sin hablarles de chicos, se enteraron por las habladurías del pueblo. El rumor les cuadró con mi repentina-cronificada discreción. No les hizo mucha gracia, pero me dijeron que no me preocupase por ellos y viviera mi vida. En Navidades conocieron a Susanna y fueron amables con ella. Mi madre me dijo que, aunque disimulasen, les estaba dando un disgusto.

2008. El gesto de Shane quitándose la camiseta sacude mi deseo lésbico, que había estado hibernando mientras avanzaba por la autopista de la heterosexualidad, mirando de reojo el desvío a la carretera secundaria. Participo por primera vez



Vivir sin  
miedo se  
convierte  
en una  
obligación  
moral.

en unas jornadas feministas, aprendo el significado de «lesbianismo político», me cuelgo de una bollera *drag king*. Mi novio de ese momento (muy profeminista él) me anima a que explore mi deseo lésbico, hasta que se siente amenazado.

A priori, todo indica que lo tendré muy fácil. Mis amistades son muy diversas, desde la adolescencia compartimos nuestras dudas y certezas sobre nuestros deseos. Trabajo en un periódico progresista en el que hay gais y lesbianas. No temo un despido. Tampoco temo un rechazo familiar fuerte y, de todas formas, ya soy la «rebelde» de la familia.

2012. En el taxi, la mano de Katya busca mi mano. Se la aparto. Temo la mirada del taxista a través del retrovisor. Un taxi es aún más claustrofóbico que un armario. El armario está quieto, el taxi lo conduce ese señor cuya reacción no podemos prever. ¿Será discreto? ¿Nos dirá que lo que necesitamos es un hombre? ¿Se abrirá la bragueta y nos ofrecerá curarnos con su polla?

No tuve problemas en besarme con mis primeras amantes en discotecas o en callejones después de una farra. Pero Katya es la primera chica con la que salgo a la luz del día, en Nicaragua. Atribuyo mi miedo a que estoy en un país extranjero, a que no manejo los códigos. Pero, cuando regreso a este lado del charco, el miedo no se evapora. En el

Estado de la ley del matrimonio igualitario, incluso en la ciudad de la pluma vasca, camino de la mano de una amante y las miradas me escuecen más de lo que esperaba. Me descubro plegada a la moral conservadora cuando evito los besos en la boca si hay criaturas o ancianas cerca. Una vez que me asumo como lesbiana, empiezo a temer a la lesbofobia.

2013. Llevo medio año viviendo en Managua. Mi prima de 20 años me pregunta por chat: «¿Y qué tal los chicos nicaragüenses?». Se me acelera el corazón, me armo de valor y contesto: «Pensaba que te habrías dado cuenta por mi Facebook. Yo ya no salgo con chicos, salgo con chicas». «Ah, alguna vez lo he pensado, sí. Pues muy bien». ¿Cómo es posible que me cueste salir del armario hasta con mi prima pequeña? Ha resultado ser una gran aliada. No sé si por naturalidad o por gusto por el cotilleo, ha contado a mis tías que tengo novia y ha enseñado a mi abuela fotos de Susanna. Yo sólo le mostraba fotos de mi gato.

Situaciones en las que me siento cobarde:

—La cena de Nochebuena con mi familia paterna extensa (un clásico). Temo que me pregunten: «¿Y no tienes novio?» No me siento capaz de contestar: «Vivo con mi novia».

—Blablacar. Cinco horas de viaje con dos chicos de mi edad que se pasan todo el trayecto hablando de sus compañeras. Yo no hablo de mi pareja y, si lo hago, me refiero así a ella: «mi pareja».

Situaciones en las que me siento valiente:

—La clase de inglés. He descubierto que decir «my girlfriend» me da menos corte que decir «mi novia». Sorpresas de la vida: mi profesor, de California, cuenta que su madre es lesbiana.

—Mi barrio. Llevamos un año viviendo en el centro de Bilbao y nuestras manos entrelazadas revolucionan un paisaje de polos Lacoste y bolsos de Vuitton.

Situaciones en las que me siento exagerada:

—Reservo una habitación en Airbnb diciendo que somos una pareja. La propietaria me contesta: «Con gusto os recibiré a ti y a tu marido». «En realidad es mi novia», le aclaro. Tarda horas en contestar, temo que no lo haga. Contesta y me reprocho haber desconfiado.

—Buscamos piso y no acabo de sacudirme la paranoia de que alguien no quiera alquilar su casa a unas lesbianas.

Situaciones en las que me siento cansada:

—La ginecóloga me pregunta qué anticonceptivo uso y, cuando le respondo que ninguno, porque mi pareja es mujer, contraataca con torpes e ignorantes comentarios sobre la prevención de infecciones entre lesbianas.

—Susanna y yo nos apuntamos a un intensivo de bachata y lo primero que dice el profesor es: «Venga, los hombres en una fila y las mujeres delante». Susanna respira hondo y pregunta si hay problema en que ella haga de hombre. «Problema ninguno», zanja el profesor como si la duda ofendiera, como si fuera un despropósito temer a la policía del género.

«Cuando una tiene la información y la red de apoyo y aún así no sabe responder, se siente especialmente culpable. Es más, se siente avergonzada. Un fracaso de feminista». Escribí esto en mi blog después de haber vivido una situación de acoso por parte de un ex (el profeminista, para más señas). Se titulaba «No quiero sentirme valiente, quiero sentirme libre». Con lo de los armarios y la lesbofobia internalizada pasa algo parecido. Las activistas lesbofeministas de mi edad y de mi entorno nos sabemos privilegiadas, podemos vivir abiertamente nuestro lesbianismo y de hecho lo hacemos casi todo el rato. Así que, cuando nos metemos un ratito en el armario, nos sentimos incoherentes. Vivir sin miedo se convierte en una obligación moral.

Volvemos de la playa en metro y junto a nosotras se sienta una pareja de veinteañeras. Viajan una frente a la otra con las piernas entrelazadas, de vez en cuando se acercan, se susurran, se besan. Nos lanzamos miradas de disimulada complicidad.

A día de hoy, ser lesbiana es pendular entre el orgullo y el miedo, o al menos el desgaste de habitar un mundo heterosexista. Visibilizarnos en la calle, en el metro, en las clases de bachata, nos convierte en activistas a tiempo completo. Cuando el lesbianismo deje de ser transgresión, tal vez tendremos que abordar otros miedos. 🌀

\*June Fernández es periodista y una de las coordinadoras de la revista feminista *Pikara Magazine*.

# De camino quiero ser libre

L. Hesege

—¡Adiós!

—¡Hasta mañana!

—Mándame un *whatsapp* cuando llegues, anda.

—Claro, tranqui, te lo mando.

—La última vez se te olvidó...

—No te preocupes, te lo envío en cuanto entre por la puerta.

—Vale, inos vemos!

Seguro que se me olvida el maldito *whatsapp*. Voy a mirar a ver con quién puedo hablar por el camino. Sara, imposible, Pablo, tres horas... Marina, 25 minutos. Está durmiendo seguro. Bueno, tampoco estoy tan lejos en realidad. Mmm, a ver por dónde tiro... Recto acorto más. Pero la verdad es que está oscurísimo. Nada, voy por el otro lado mejor, total, a estas horas no hay nadie en ningún sitio. No me voy a rayar tampoco, me doy prisa y ya está.

Voy a llamar a Elo mientras y así me entretengo. Si encuentro el móvil, claro. Tengo que pegarle una limpieza de papeles al bolso ya. Aquí está, a ver. Llamadas recientes. Piii, piii, piii, piii... Pues, vaya, no me lo coge. Si es que está despierto seguro. ¿Qué estará haciendo? A ver a quién más puedo llamar... Mmm... Bah, paso.

Jolin, sí que está oscuro, le habrá dado hoy a las farolas por fundirse, porque yo lo recordaba más clareado.

Ups, ahí delante parece que hay alguien. Voy a mirar el *facebook* en plan ocupada y me cambio al otro lado.



María Rodríguez Suárez

¿No estará viniendo hacia aquí? Joder, será posible... Qué mal rollo. Mejor no miro. ¿O sí? ¿Qué decían que había que hacer en estos casos? Nunca recuerdo esos consejitos. Bueno, tranquila, voy rápido y ya está. ¿Y las llaves? Vale, ésta es la más larga. Joder, para qué habré venido por aquí... Sólo llevo el móvil. Aunque el teléfono me importa poco ahora mismo. ¡Mierda, mierda, mierda, se ha parado ahí! Le paso rápido mirando para abajo y ya está.

—Guapa, ten cuidado que vas muy sola.

Corre, corre, corre. En la siguiente esquina hay luz. Me cago en la leche. Joder, Eloy, cógelo, icógelo! ¿Me sigue? Joder... Eloy, por Dios... ¿Echo a correr? No, mejor no.

¡¡LUZ!! Qué bien. Coño, una pareja, voy hacia ellos. Gracias, gracias, gracias. Menos mal, uf, tranquila, respira...

—¿Eloy?

—¿Qué pasa?

—Nada, nada. Que iba camino a casa y me he acojonado. Estaba muy oscuro y me he cruzado con un gilipollas.

—Vale, vale, tranqui. ¿Por dónde vas?

—Estoy aquí al lado. Ya llego.

—Pues avísame cuando llegues, ¿vale?

—Vale, un besito.

—Otro para ti.

Bien. Ya estoy. Rápido. La llave. Joder, qué susto. Me cago en el cabrón ése. Tendría que haberle respondido algo. «Y más sola que tendría que poder ir, imbécil». Dios, qué rabia.

—¿Hola?

—Hola. ¿De dónde vienes?

—De casa de Marina, que se nos ha alargado un poco la cháchara.

—¿Y te has venido tú sola?

—Pues sí. ¿Con quién quieres que venga?

—Pero, nena, si no hay ni un alma por la calle.

Haberte venido antes.

—Sí, claro... Bueno, mami, me voy a dormir, que estoy muerta.

—Ay, señor. Venga, buenas noches, reina.

Mierda... el *whatsapp*. 📵

# Que viene el hombre...

## o de la instrumentalización del miedo como estrategia política de sumisión de las mujeres y las

## minorías sexuales y de género

Nacho Álvarez Lucena

El miedo es una emoción adaptativa construida socialmente<sup>1</sup>, pero también una emoción que es instrumentalizada y utilizada como estrategia política de control social. Desde Aristóteles a Naomi Klein, pasando por Hobbes, Montesquieu, Tocqueville o Hanna Arendt, muchas autoras y autores han reconocido y analizado el miedo como una variable política importante de la vida social y las relaciones humanas. En resumidas cuentas, los sistemas políticos, y las élites que los sustentan, usan estrategias generadoras de miedo con el fin de doblegar cualquier tipo de resistencia y mantener sus cotas de poder.

Desde una perspectiva ecológica, el miedo opera a todos los niveles como una estrategia política, precisa e imprescindible, para sostener el capitalismo neoliberal, heteropatriarcal, colonial y capacista<sup>2</sup>. La inoculación del miedo a otras formas de organización socio-políticas y económicas; a otras formas de vivir, sentir, amar y follar; o a lo desconocido y diferente, actúa en todas las escalas, desde lo global (macro), hasta lo personal (micro); revelándose como una de las formas más crudas y directas del ejercicio del poder. El terrorismo, la guerra, la agresión sexual, el acoso callejero, el feminicidio, la tortura o la violencia policial, además del tremendo daño directo que provocan, son formas de violencia que operan dentro de una misma lógica: lanzar un mensaje, jugar una suerte de macabra pedagogía social, a través de la cual aprendamos a tener miedo a la autonomía y a la libertad.

<sup>1</sup> Al igual que se construye en la infancia el miedo al lobo, a los fantasmas o al hombre del saco a través de cuentos y relatos, se construye el miedo a lo

desconocido, a lo diferente, a lo extraño, a lo que se comporta de «otra manera», a lo que no se puede controlar.

<sup>2</sup> Con el término *capacista* hago referencia a la discriminación sistemática de las personas con diversidad funcional dentro del sistema capitalista.

Como señala José Antonio Marina, «todo esto relaciona estrechamente el poder con la capacidad de atemorizar, por eso el miedo es utilizado en todas las relaciones humanas»<sup>3</sup>. Si pensamos por tanto en el *Hombre cis* como grupo social privilegiado y sustentador del sistema heteropatriarcal; y en el miedo como una señal de alarma ante la cual pueden reaccionar lxs otrxs miembros del grupo, cabría preguntarnos qué estrategias de inoculación del terror utiliza el *Hombre cis* con el fin de intentar asegurar y afianzar la sumisión de las mujeres y las minorías sexuales y de género.

En este sentido, creo que nos encontramos ante un continuo que en mucho de su recorrido camina, lógicamente, de la mano de las violencias machistas, ya que una de las funciones principales de éstas es precisamente el amedrentamiento y sometimiento. Dicho continuo iría desde estrategias que podríamos denominar de «alta intensidad», como el asesinato de mujeres, violaciones, agresiones sexuales o agresiones LGTBIfóbicas, hasta las de «baja intensidad», como el acoso en espacios privados (ámbito familiar o laboral) o en espacios públicos (acoso callejero<sup>4</sup>).

Los 112 asesinatos de mujeres en 2015 y los 52 en la primera mitad de 2016<sup>5</sup>, las 1.227 violaciones denunciadas a lo largo de 2015<sup>6</sup>, así como las 79 agresiones LGTBIfóbicas contabilizadas en los seis primeros meses de 2016 por la Asociación Acrópolis en la Comunidad de Madrid (única comunidad en la que se registran de forma sistemática dichas agresiones, por lo que podemos imaginar que los datos a nivel estatal deben ser escalofriantes), nos ofrecen una panorámica de cómo están operando en el estado español las estrategias del miedo en uno de los extremos de este continuo.

Pero ¿qué pasa en el otro extremo, donde la identificación y cuantificación son mucho más difíciles, pero la experiencia mucho más cercana y cotidiana?, ¿qué hacemos los hombres en nuestro día a día que consciente o inconscientemente genera miedo?, ¿por qué lo hacemos y por qué no dejamos de hacerlo?, ¿cómo podemos identificarlo y erradicarlo? Responder a este *qué, por qué y cómo* desde el feminismo es urgente. Pero es urgente responderlo como

<sup>3</sup>MARINA, José Antonio (2006), *Anatomía del miedo. Un tratado sobre la valentía*, Madrid, Anagrama.

<sup>4</sup>Entiendo como acoso callejero los piropos y comentarios sexuales no deseados, miradas o gestos lascivos, acercamientos intimidantes, fotografías sin consentimiento, comentarios sobre la apariencia, el género o la orientación sexual, presión de los genitales contra el cuerpo de otra persona, exhibicionismo, silbidos, sonidos de besos, seguir o bloquear el paso a alguien, etc.

<sup>5</sup>[www.feminicidio.net](http://www.feminicidio.net)

<sup>6</sup>[http://www.lespanol.com/espana/20160204/99740164\\_0.html](http://www.lespanol.com/espana/20160204/99740164_0.html)



# Collage sin título, ni miedo

Cristina Villalaba Augusto

<sup>7</sup>VÁZQUEZ GARCÍA, Norma  
(2009), *¿De qué hablamos hoy*

*cuando hablamos de  
violencia de género?*,  
Granada, Jornadas  
feministas estatales.

*hombres cis*, es decir, siendo conscientes de nuestra posición de privilegio para acabar con ella. Las mujeres y personas LGTBI ya iniciaron ese camino hace mucho tiempo, ¿pero por qué los hombres estamos teniendo tantas dificultades para identificar nuestros espacios de poder y privilegio, para identificar las estrategias que utilizamos para mantenerlos y para comenzar, de una vez por todas, a acabar con ellos?

Porque el heteropatriarcado nos favorece sería la respuesta más sencilla y no por ello menos cargada de razón, pero creo que debemos ir más allá. Quizá, además, no estamos sabiendo deconstruirnos y reconstruirnos desde el feminismo. O el dolor que esto conlleva se nos hace insoportable y por ello lo rehuimos. Quizá tenemos miedo a otras formas de hacer que no controlaríamos, en las que estaríamos presentes, pero de igual a igual y no como protagonistas. Quizá estamos insertos en una batalla del miedo en la que algunos ni siquiera se han planteado por qué participan de ella.

Que, como afirma Norma Vázquez García, todas las mujeres (y yo me atrevería a afirmar que todas las personas LGTBI también) perciban la posibilidad de vivir una agresión sexista<sup>7</sup>, y que el factor de riesgo sea el sexo, la orientación e identidad sexual y su representación simbólica, debería ser suficiente para que a nosotros, hombres, se nos encendieran todas las alarmas y nos pusiéramos manos a la obra sin perder ni un segundo.

Ante la ausencia de respuestas contundentes por parte de las instituciones y de la sociedad, los colectivos feministas y LGTBI se organizan para la autodefensa y el autocuidado. Pero también para enfrentar esta batalla del miedo al grito de «si tocan a una, nos tocan a todas» o «el miedo va a cambiar de bando». Esta batalla se está librando aquí y ahora, en el espacio público y en el privado, y de una forma u otra somos parte de ella. No hay posiciones neutras, ni lugares que nos permitan estar ajenos o a salvo. Pero estar en el bando justo, estar realmente al lado de las personas que luchan por la libertad y las relaciones humanas justas, requiere de un profundo trabajo individual y colectivo al que creo que los hombres llegamos tarde. Quizá un buen principio sería tener claro que tanto el miedo, como cada uno de nosotros, *hombres cis*, tenemos que cambiar de bando. 🌀





# ¡Corre, gordita, corre!

San de Asuán



Bastian Wiedenhaupt

## Saltar el potro

Quiero ser la última de la fila. Nadie me ha explicado qué tengo que hacer ni por qué lo tengo que hacer. Veo a mis compañeros saltar sobre la rampa, abrir las piernas y caer sobre la colchoneta. Algunos tropiezan, pero no parece que se hagan daño. No va a ser mi caso. Pienso que no voy a tener suficiente impulso y que mi peso es demasiado grande como para que mis dos brazos lo puedan soportar. Pienso que mis piernas se van a quedar bloqueadas como una tijera que se abre a la mitad. Pienso que el duro relleno del cuero va a golpear mi pelvis, generándome un tremendo dolor. Y es que a las tías también nos duele si nos pegan ahí. Tengo miedo. No voy a saltar.

A nadie le parece extraño que no salte. Hay un conjunto de expectativas y normas virtuales sobre lo que puedo y no puedo hacer en el deporte, como gorda y como mujer. Pero también aparentes beneficios personales que puedo obtener por el hecho de poseer estas dos condiciones, leídas socialmente como discapacidades. Por eso, mi profesor de gimnasia sonríe cuando le digo que no puedo saltar, piensa que es lo normal. Miradas como la suya son las que inician el proceso de subordinación de mi cuerpo y de mis creencias a los puntos de vista de lo que es natural para una persona como yo. Suspendo en gimnasia e incorporo el fracaso de mi cuerpo y de mi género en la práctica deportiva.

La situación, de exhibición de dos defectos y unos cuantos miedos contruidos socialmente, ha autorizado a todas las personas presentes a juzgar mi condición, a desacreditar a las que somos

identificadas como *desacreditables*. Pero no todo es menosprecio, los mecanismos de poder también aparecen en clave de ayuda. Una ayuda que siempre es cercana a la victimización, a incrementar el número de imperfecciones, a que aprenda a reconocer los estándares y las prácticas ante las cuales siempre voy a fracasar, a tener una experiencia moral del proceso de estigmatización al que nos vemos sometidas las mujeres y a que lo incorpore como algo propio o normal. Aprendo y declaro públicamente que la causa es interna a mí. Tomo conciencia de mi inferioridad porque tengo una incapacidad. Nunca voy a poder saltar el potro porque no respondo al estándar de competencia.

Y es que si entendemos el deporte como una práctica que educa corporal y moralmente, no podemos olvidar en qué categorías se inscribe: las que moldean de manera diferencial los cuerpos de los hombres y de las mujeres; y las que educan, también de manera diferencial, en la excelencia, el dominio y la competición.

Siento miedo, pero lo que me paraliza es la cirugía social.

## ¡Los niños juegan al fútbol, las niñas a las muñecas!

Estoy a punto de llegar a las pistas de fútbol. Ya veo las porterías y a mis compañeros, todos chicos. Entro al campo y me vuelvo a encontrar con el mismo chaval de la semana pasada. Un imbécil que aparece de vez en cuando y pasea por las pistas para mirarme y cantar en voz alta: «¡Los niños juegan al fútbol, las niñas a las muñecas!». ¿Por qué hace el gesto de acunar mientras canta?

Aunque le miro airada, sigo jugando. Mis compañeros sonríen y callan. Piensan que tiene razón. Y me entra un miedo atroz a que no me dejen jugar. Me pongo nerviosa y no soy capaz de dar al balón. Estoy callada todo el partido, intentando no fallar. Afortunadamente, tengo un privilegio, mi padre es el entrenador y nadie me va a echar.

Tras años de constantes exhibiciones de mi rol de *desacreditable*, decidí parar. Fue el día en el que el fútbol dejó de ser un juego para convertirse en una liga en la que yo ya no podía participar. No sirvió de nada que incorporara los estándares masculinos y dejara de ser mujer para convertirme en marimacho. No sirvió de nada que siempre jugara con los chicos. Nunca terminé

de responder a las exigencias de rendimiento, no era una perfecta deportista, no era mejor que otros hombres en un deporte destinado a crear eso, hombres.

No hay deporte que no sea juego y, como tal, un espacio de constante revisión de normas y flexibilización de límites. No hay deporte que sea exclusivamente femenino o masculino. Pero sí hay cierto consenso o complicidad sobre los prototipos masculino y femenino en los que se puede educar a través de su práctica.

Tengo miedo al rechazo social. Las chicas me han dejado de hablar porque no juego con ellas. Tengo miedo a no ser ni una chica ni un chico, a las represalias y a las desacreditaciones.

Tengo miedo de mí misma, pero es vigilancia social.

**¡Corre, gordita, corre!**

Corro todo lo que puedo intentando asegurar la posición en el campo. Me coloco en el lateral derecho, un poco delante de mi compañero, dispuesta a recibir un posible pase y tirar a puerta. Chuta. El balón sale disparado por el lateral, más lejos de lo que me gustaría. Tengo que llegar, tengo que recoger ese balón y volver a pasar. Puede ser una oportunidad para meter un gol. Tengo que correr y alcanzar ese balón. Mis compañeras y compañeros de equipo me animan. «Venga, corre, itú puedes!». Pero mi cerebro grita: «¡Corre, gordita, corre!», y mis piernas cada vez van más despacio. Sonrío. Vuelvo a tener 15 años. Saboreo el mensaje que me acabo de mandar y me hace reír por primera vez. Echo a correr hasta alcanzar el balón.

Ocupar el espacio. Confrontar. Tener una visión global. Desafiar. Sentirte parte de un colectivo o comunidad. Crear. Atreverse a romper los límites. Carear. No caer en los privilegios de una identidad de género construida desde la discapacidad. Resistir. Tocarnos, empujarnos y caernos en vez de hablar. Jugar. Reír. Ocupar mi cuerpo y sentir un nuevo ritmo por unos minutos. Enterrar. Poner en movimiento las relaciones. Gritar.

Al feminismo entré por el deporte, aunque los miedos no se hayan enterrado. Son una respuesta normal a un acoso que se mueve dentro de un orden mal llamado *natural*. 🌀



Esta historia comienza el día en que nos invitaron a un debate sobre «mujer, bicicleta y ciudad» y, como suele pasar en los contextos mixtos en los que se habla sobre «la mujer», terminamos debatiendo, o más bien discutiendo, con un grupo de hombres que se empeñaban en interpretar, a través de sus propias e inamovibles gafas de hombres blancos heterosexuales de clase media, el origen o las causas de los miedos asociados a la bici que sentimos las mujeres.

Estas cosas pasan, pero, más allá del malestar que sentimos al vernos una vez más descritas por «cabeza de varón», lo que nos resultó sugerente fue pensar-nos uniendo *mujeres, miedos y bicicleta*.

Inicialmente, nos llamó la atención que las mujeres habláramos de un miedo reconocido por todas y distinto al miedo del que hablaban los hombres.

Preguntas sin respuesta acuden a nuestra cabeza. ¿Sentimos miedo en la bici? ¿Cuándo, cómo, por qué? ¿Debemos hablar de miedo o de miedos? ¿Son generacionales? ¿Todas las mujeres los sienten?

Como siempre nos interesa pensarnos juntas, convocamos a otras amigas *bicicleteras* a merendar y a analizar. Todas partimos de la misma pregunta: ¿cuál fue la vez que más miedo pasaste en bicicleta?

Carreteras copadas por camiones, ciudades hostiles dominadas y sometidas por los automóviles, autobuses pegados al culo, transportando a las criaturas, tipos blasfemando y opinando sobre nuestro cuerpo, persecuciones nocturnas, amenazas...

Pero, de manera unánime, aparece otra dimensión: la bicicleta como un escudo protector de miedos, que los ahuyenta, los evita, los transforma. Sobre todo en los momentos en los que nos tenemos que enfrentar a una calle solitaria, poco iluminada, percibida como poco segura y nos sentimos vulnerables. Situaciones en las que el espacio común nos es negado y nosotras lo tomamos gracias a un artefacto acelerador de nuestros cuerpos que, como por arte de magia, se convierte en una herramienta de defensa.

Todas compartimos un punto en común que tiene que ver con la percepción de desafío, con la intuición-sensación de libertad y con el crecimiento personal que significó la superación del miedo inicial a coger la bici. Un miedo que tiene que ver con lo puramente físico (miedo a hacernos daño), con lo psicológico (miedo a hacer el ridículo) y, por último y más determinante, con el miedo a ser libres. Pues existe una clara intuición de que la libertad de movimiento nos hace más libres y esto da mucho vértigo.

Seguimos hablando con otras mujeres, esta vez de una generación anterior. En contra de lo que nos imaginábamos, muchas aprendieron a montar en bici de pequeñas y, las que no, fue más por razones económicas que por haber nacido mujeres. Muchas vienen de pueblo. Cuentan que allí utilizaban la bici igual que los niños y cómo fue su llegada a la ciudad lo que les hizo dejar de usarla.

Quedan cuestiones abiertas para seguir reflexionando juntas. Apuntamos algunas.

Parece necesaria una definición del miedo. ¿A qué nos referimos cuando preguntamos por el miedo? ¿Hablamos todas de lo mismo? ¿Todas lo reconocemos a partir de las mismas señales? ¿Es cultural, es aprendido? Lo que sí parece claro es que es una respuesta lógica, coherente, ante la percepción de una violencia latente en nuestro día a día. Y también nos ocupa y nos preocupa tener el miedo tan naturalizado que a veces ni siquiera lo percibamos.

El miedo a ir en bici conecta con el miedo a la autonomía. Un miedo impuesto y conveniente para que sigamos renunciando a ocupar espacios. Un miedo que nos hace sentir que estamos al borde del abismo, aunque lo que hay al otro lado es libertad y no vacío. Coger la bici implica poder moverte, poder sentir el viento en la cara, poder elegir el camino a seguir.

El acto mismo de coger la bicicleta nos hace fuertes. Significa una reacción, un primer paso para hacer estallar las mentiras que nos creímos: que las calles de la ciudad no eran

para nosotras, que sentir la fuerza de nuestras piernas no era para nosotras, que despeinarnos no era para nosotras...

Coger la bici, para algunas, supone asumir el riesgo de ser atacadas, violentadas, observadas, criticadas, perseguidas... Supone decidir no vivir con miedo porque sólo aceptándolo recuperamos el terreno que nos han negado.

Nos preguntamos cómo es la experiencia de las personas trans\*. Sería interesante que nos contaran en qué se parecen y en qué se diferencian sus experiencias en bicicleta.

Parece que el uso de la bici tiene un efecto distinto en la ciudad y en el pueblo. La ciudad es en sí misma un medio hostil en el que el uso de la bici por parte de las mujeres implica una mayor superación, ya sea por los coches o por el acoso al que nos someten algunos hombres como una advertencia de que estamos adentrándonos en las fronteras de lo no permitido para nosotras, en terreno masculino hostil.

En definitiva, cuestiones a seguir pensando y re-pensando juntas, que es como más seguras nos sentimos y menos miedos tenemos... Y, si es a golpe de pedal, mucho mejor. 🚲



Cuando estoy acorralada,  
escribo mejor y me siento  
más centrada. De todos  
modos, es una sensación  
extraña ésa de escribir  
contra corriente, y resulta  
muy difícil hacer caso  
totalmente omiso a la  
corriente.

Virginia Woolf

# La tentación del fracaso

## O Virginia, tu obstinación nos servirá de ejemplo

Carmen G. de la Cueva

Antes de empezar a escribir de verdad, antes de creer en mi escritura, hubo muchos intentos, muchos. Hojas y cuadernos casi enteros lanzados desesperadamente a la papelera ante la frustración y el miedo de no saber qué estaba haciendo. Cuando viví en Londres y quería seguir los pasos de Virginia Woolf, me obsesioné con su vida y me hice con una biografía sobre ella recientemente publicada en castellano. Su autora, Alexandra Harris, tenía entonces 30 años y yo, 25. Este dato pasaría totalmente desapercibido para cualquier persona, pero para mí, una joven aspirante a escritora que acababa de cumplir 25 años, cualquier logro de alguien de 30, me consolaba. Desde bien temprano te enseñan a tener prisa, a querer publicar cuanto antes mejor, aún sin tener la confianza suficiente en lo que se escribe.

A mis 25 años yo pensaba, inocentemente, que los 30 eran una especie de frontera del fracaso y eso debía de pensar también Virginia Woolf a sus 25 años. Fue justo a esa edad cuando le escribió a Violet Dickinson, su mejor amiga, una carta donde se confesaba así: «seré miserable o feliz; una criatura sentimentalmente locuaz o una escritora inglesa capaz de quemar las páginas». Virginia no temía a la escritura, ella escribía y escribía, seguía quemando las páginas y no se daba por vencida, pero tenía miedo de no llegar a publicar nunca.

Cuatro años después, a los 29, le contaba por carta a su hermana Vanessa un breve y desolado resumen de lo que era su vida hasta aquel momento: «tener 29 años y no estar casada; ser un fracaso —sin hijos—; estar loca también y no ser escritora». De entre todas las cosas que le preocupaban a Virginia, la primera de ellas era no ser escritora.

Ni a través de sus novelas, sus diarios, sus cartas, ni leyendo cada una de las biografías que se han escrito sobre ella, he podido atisbar qué fue lo que le dio la fuerza necesaria para no dejarse vencer por la tentación del fracaso. A los veintitantos, Virginia pensaba que nunca llegaría a publicar, que las hojas de papel que con tanto empeño escribía y que, a veces, la conducían a la locura, nunca llegarían a ser leídas por nadie. Superó muchos obstáculos para conseguirlo y fue leal a sí misma. Quizá ésa fue la clave: tener el convencimiento de que, gracias a la literatura, podría arrancarle sus secretos a la vida. Si se hubiera dejado vencer, si se hubiera dejado caer en el silencio, nunca habría escrito algunas de las mejores novelas del siglo XX.

Pasarían cuatro años más hasta que Virginia publicó su primera novela, *Fin de viaje*. Me imagino su sufrimiento, cuántos desvelos y papeles desechados en la hoguera. Virginia no se cansó y confiaba en que en el futuro, gracias a su obstinación, sería una gran escritora. Las cartas que Virginia le escribía a sus amigas y a

su hermana contribuían a romper su silencio, a contar su sensación de fracaso. No en vano, años después, Adrienne Rich escribiría que todo aquello censurado y de lo que no se habla, revierte en algo paralizante y falso, y condiciona nuestras vidas. Por eso, además de escribir cartas, la escritora inglesa se tomó la molestia de consignar cada uno de sus días en un diario. Fue a partir de 1915 cuando Virginia se sintió una escritora de verdad y, consciente de ello, comenzó a escribir con regularidad un diario y siguió haciéndolo durante los siguientes 27 años de su vida. No escribía todos los días. Unas veces, con gozo, se contaba a sí misma días y días enteros sin obviar detalle; y otras, dejaba de escribir durante semanas, cuando las páginas de su diario se hacían una laguna insalvable. El 3 de enero de 1924 escribió: «Me gustaría, me gustaría mucho, ir a mirar la última página de este cuaderno virgen y allí hallar mis sueños hechos realidad. De mí depende que de aquí a allá tomen cuerpo». El 11 de mayo de 1927: «¿Y si una se despierta un día y se da cuenta de que es un bluf? Eso estaba latente en mi locura —esa espantosa posibilidad que me llenaba de pánico». Virginia hizo estas anotaciones en su diario sin saber que muchas otras seguiríamos pasando por ellas durante décadas, muchachas como yo, deseosas de hallar entre sus páginas el consuelo ante la soledad de la escritura. En sus diarios una puede leer sus pensamientos,

# Bombi- llas y laberin- tos

Ana García Fernández

interpretar sus estados de ánimo y hasta dejarse recomendar libros.

Los diarios de Virginia, los de Sylvia Plath o los de Maria Mercé Marçal, entre muchos otros, han transformado las vidas de muchas mujeres que llegaron después de ellas intentando buscar respuestas a sus preguntas y refugio ante sus temores (y ahí me incluyo la primera). Ya lo dijo Carolyn G. Heilbrun en 1988: «Esas mujeres, todas ellas blancas y de clase media, dismantelaron el pasado y, al mismo tiempo, imaginaron el futuro de manera diferente. Encontraron una manera de descubrir y expresar su ira». Y lo que es más difícil todavía, consiguieron sobrellevar la cólera que su trabajo despertó en la sociedad. Memorables son las críticas a los poemas sobre la menstruación o la menopausia de Anne Sexton acusándola de estridente o chillona.

La escritura de Virginia (sobre todo, sus diarios) y la de tantas otras nos sirve a nosotras para luchar con la voluntad de reconocernos como escritoras.

La convicción de que la identidad femenina se forja dentro de una comunidad de mujeres unidas por unos lazos de afecto y solidaridad –yo siento que a Virginia me une un extraño hilo rojo del que sigo tirando– no puede obviarse. La herencia literaria de las mujeres se ha visto oscurecida, borrada e, incluso, fragmentada y por ello es fundamental para las mujeres que escribimos recobrar a nuestras precursoras y hacer genealogía. Para romper esa barrera de silencio y miedo, lo primero que debemos hacer es hablar desde nuestro cuerpo, hablar con autoridad a partir de nuestra propia experiencia, como muchas mujeres han hecho hasta ahora.

Cuando te sientas perdida, cuando notes que la tentación del fracaso lo inunda todo, piensa que, al igual que tú, Virginia Woolf, Sylvia Plath o Adrienne Rich sintieron la misma sensación que las empujaba a abandonarlo todo. Virginia y Sylvia, lamentablemente, pusieron fin a sus vidas, pero Adrienne siguió ahí, peleando y caminando a tientas unas veces, otras con la mirada más felina, hasta el momento en que toda esa angustia cobró sentido. Ya lo dijeron Sandra Gilbert y Susan Gubar en su libro *La loca del desván*, «las mujeres padecerán en silencio hasta que se creen historias que les otorguen el poder de nombrarse a sí mismas». 🍷



¿Y si... miedo?

Sangre acepta razón.  
Cuerpo no acepta sangre: cansancio, anemia y dolor.  
Sangre escapa de útero habitado por tela de araña sin araña.

Deseo escapa a razón.  
Cuerpo duele deseo: contractura y duda.  
Deseo desconoce si puede saltar murallas.

República pudiera ser razonable.  
Cuerpo sin príncipe duda: mundo, parejas, orden.  
República no encuentra lugar para márgenes y amplitudes.

Reconocimiento halla razones.  
Cuerpo huye de incertidumbre: sonrisa complaciente y silencio.  
Reconocer que máscara esconde miedo al rechazo.

Extranjera tiene miedo.  
Cuerpo rechaza a extranjera: exigencia y castigo.  
Extranjera entre mujeres que sólo hablan de «cosas de mujeres».

Costumbre para al miedo.  
Cuerpo teme inercias: familia, matrimonio, trabajo, hijxs.  
Costumbre aterroriza. Salirse de lo esperado, también.

Libertad aterrorizada por el miedo.  
Cuerpo grita según las normas: temblor, dolor, insomnio.  
Libertad no sabe todavía transformar los límites.

Dolor ante el conflicto entre lo que se supone que tengo que hacer, desear y temer por «ser mujer» y lo que quiero. Miedo ante la incertidumbre que eso supone.

Ante el dolor: mandíbula apretada, noches en vela, pensamientos recurrentes, ojos lluviosos. Y tirar *p'alante...* o eso crees. Dolor-sensación, sin palabras que lo expliquen. Dolores acumulativos. Dañada. Empiezas a ver las heridas, corporales también. Comienzan las palabras, la angustia y el desconsuelo. La claridad de las palabras te dispara hacia el oscuro fondo del agujero. Parálisis. No hay más

profundidad que ésta. Fin del pozo. En ese tirar *p’alante* te has ido directa *p’abajo*.

Tierra o piedra bajo tus pies. Duelen los pies.  
Frío y humedad alrededor. Duele la soledad.  
Luz allá arriba, muy arriba. Duelen los ojos.  
Desconcierto. ¿Quién soy? ¿Hacia dónde seguir? ¿Cómo hacerlo?  
Ante el miedo: cierro los ojos y me acurruco. Posición fetal.  
Invasión por el miedo.

¿Y si... el feminismo?

Decidir abrir los párpados y mirar con atención lo que ya sabía que estaba.  
Sumergirme en el feminismo  
para entender  
para aprender  
para respirar.

Sumergirme y mirar: icon la sensación de ahogo que me produce abrir los ojos bajo el agua!  
Aprender a respirar por branquias.

Encontrarme en los miedos de las demás:  
Miedo a las calles solitarias y a las concurridas. Miedo en el trabajo, en casa y en bares, teatros y plazas. Miedo al qué dirán, a hablar en público, a viajar sola –sola de verdad, no con amigas–. Miedo a no ser madre, a serlo, a desaparecer en la madre; a que nos digan frígida o puta, joven o vieja, guapa, fea, lista o tonta. Miedo a no tener razón, a tenerla, a defender las opiniones... a no hacerlo. Miedo a acusaciones de injusta, borde o desconsiderada. Miedo a no cumplir con las expectativas de lxs demás, al abandono.

Compartir miedos: alivio, sonrisa, sensación de acompañamiento. Sentirme fuerte junto a ellas, amigas y compañeras feministas. Sentir que nos podemos comer el mundo si hace falta, que no hace falta, que seremos capaces de transformarlo en otros mundos más justos sólo por el hecho de ir cambiando nosotras.  
Nosotras.

Compartir miedos: inquietud, tarea descomunal, fatiga. Miedo al contagio de los miedos y de las discriminaciones. En ese nosotras, ¿estamos todas? Las migrantes, las refugiadas, las musulmanas, las negras, las chicanas, las blancas europeas, lxs trans, las lesbianas, las *hetero*, las *bi*, las putas y las castas, las con trabajo estable, las precarias o las pobres, las del campo y la ciudad, las que crían, las que cuidan a sus mayores, y también o tampoco o viceversa.  
Nosotras, vosotras y ellas.

Compartir miedos: extrañeza y soledad cuando descubres la mirada interrogante, el «no te entiendo», el descoloque tras las contradicciones entre teoría, práctica y evolución de tus compañeras y amigas feministas, de ti misma.  
Yo.

¿Quién soy?, de nuevo. ¿Hacia dónde seguir? ¿Cómo hacerlo?  
Ya no me importa ser o no ser mujer.  
Ya no permitiré que otros definan lo que implica.  
Ya no hay marcha atrás. Están los feminismos, las feministas y la mano tendida.

El laberinto

Me detengo un momento y miro alrededor: zarzas y matorrales impiden ver con claridad el camino. Cada vez que vislumbro un claro, la tranquilidad me dura hasta que llego y encuentro confusos senderos. Estoy en un laberinto. Miedo de nuevo. Pero diferente.

Podrá huir la mano amiga.  
Podrán desaparecer las feministas.  
Podrán olvidarse los feminismos.  
Están: la huella corporal, la bombilla encendida, el interruptor sin función de apagado.

La bombilla

¿Y si lo que nos hace «mujeres» son el dolor y el miedo?  
Nos dijeron que pariríamos con dolor, que era lo nuestro: parir y ser dolientes.  
Nos advirtieron que tendríamos miedo, que nos acurrucáramos y esperaríamos.  
Nos contaron que vendrían a salvarnos, que trenza necesaria príncipe escala torreón.

¿Y si dejamos el torreón y el pozo, y nos encontramos en el laberinto?  
Redefinir el dolor, el miedo, el valor y la alegría.

Y ¿para qué el dolor? –diréis, algunxs acusatoriamente, como si fuera culpa del feminismo. No. El dolor ya estaba ahí. Dolor ante injusticias propias y ajenas, por eso los feminismos.

Y ¿para qué el miedo? Cuando desde arriba, para controlar a quienes abajo. Cuando desde abajo, para advertir el peligro, encender la bombilla sin botón de apagado y mirarnos las unas a las otras, para eso las feministas.

Y ¿para qué la alegría? Para aprender a defendernos, para querer defendernos. Por amor propio y reconocimiento de las otras, para eso las amigas feministas.

Y ¿cómo aprender a ser valientes?  
Bucear y respirar entre dolores y miedos.  
Volar dolores.  
Rapelar miedos.  
Abandonar el pozo y el torreón.  
Encontrarnos en la soledad.  
Reconocernos en la compañía.  
Vivir en el laberinto  
y sonreír. 🌀



## Afrontar los miedos. Algunas pistas (que no prometemos que funcionen)

Ir con la mirada perdida puede ser un logro, pensar en el movimiento de la pierna si es que vas caminando, en el peso del cuerpo sobre el suelo, en el calor que de repente sientes en las manos, imaginar los órganos internos, ponerle colores a las sensaciones que tienes en ese momento, darles volumen, peso. Imaginar una cuerda de tender ropa, tender, ver cómo el viento se lo lleva. Sentir la ligereza del cuerpo.

A veces la reacción simplemente surge. Recuerdo un viaje en camión por una cordillera... El miedo se apoderó de mí cuando lo vi reflejado en las otras caras, hasta ese momento no era consciente del peligro. El camión daba tumbos de un lado a otro en una carretera muy estrecha. Me libré cantando, fue cuestión de unos segundos, nuestras voces empezaron a encontrarse y la sensación de angustia fue evadiéndose poco a poco hasta transformarse en la risa nerviosa de quienes saben que se han librado de una buena. Después celebramos la vida bebiendo pisco.

Le doy vueltas de manera obsesiva. Tengo la conversación en mi cabeza una y otra vez. Sé lo que me vas a decir y ya me está doliendo oírlo. O peor aún: no tengo ni idea de lo que me vas a decir, de lo que vas a pensar, de cómo vas a reaccionar. En el fondo –no nos engañemos– lo que no sé es si te voy a perder. Pero tengo que arriesgarme. Ésa es la conclusión a la que llego. Si no, la que me voy a perder soy yo. Así que tomo aire y convierto esa voz que me dice que no lo haga en ruido de fondo. No hay marcha atrás.

Negándolo, o negándome la posibilidad de sentir ese miedo. Repitiéndome a mí misma «no le des importancia, no la tiene». Autoconvenciéndome de que no existe. O convenciéndome de que, si existe, es ridículo y no tiene ninguna importancia. Autoexigiéndome otras respuestas, un valor que no tengo, que no me sale... y frustrándome con la reacción de mi cuerpo, con el frío en el estómago, con el temblor de la voz, con el sudor de mis manos. Y, sin embargo, a veces, parar, darme mi tiempo, analizar los peligros reales e intentar huir de las paranoias viene bien. Entender que el peligro que está detrás de ese sentimiento puede no ser tan grande.

Pienso en preguntarte y adelanto el dolor (seguro seguro que es doloroso), adelanto las palabras que me vas a decir (si no dices ésas es porque mientes). Me agarroto. Me distancio (emocional y físicamente, así dolerá menos). Tomo aire y pregunto. Respondes, calmada. No parece haber conflicto. No me lo creo. Sigo preguntando (ahora con peor humor, rascando). Nada. Hago preguntas obvias, con respuestas obvias y en ese momento, para mí, dolorosas. Respondes. Duele, claro. Lo sabía.

Tardé años en ponerle nombre, en darme cuenta de que mi actitud yo-puedo-con-todo me estaba haciendo daño. Lo primero fue aceptar que aún sentía miedo en su presencia y que eso no me hacía menos valiente (a veces la huida es la mejor salida). Después quise contar con espacios seguros. Y para eso necesitaba a las otras. Romper el silencio. Señalarlo. Pedir ayuda. Miedo otra vez. ¿Me creerán?

Recibir palabras y miradas cómplices. Saber que están. Saber que sus cuerpos me sostienen. Soltar peso.

Tirando de orgullo, sí. Aprieto los dientes y me digo que tengo que ser fuerte. Como ellos. O al menos aparentar que lo soy tan bien como ellos. Ni siquiera hace falta que estén de público –aunque ayuda–. Tengo interiorizado ese querer demostrar que no soy –que no somos– menos. Y ya os estoy escuchando: qué mal entendido, que no se trataba de ser iguales. Sí, lo que queráis. Pero aprieto los dientes, y me hago la fuerte, y sobrevivo, y empiezo a creérmelo, ¿y si sí puedo?, ¿y si siempre pudimos?

Escribir sin pensar, escribir sin pensar que alguien pueda leer lo que escribes. Escribir como si fueras cronista del pensamiento, como si el pensamiento y tú no fuerais un calco de la misma cosa. Te propongo un juego, cuando tu mente esté a mil, párate un segundo e intenta seguir el discurrir de un pensamiento, qué dice, qué caminos toma, cómo evoluciona. ¿Has visto?, a mí no deja de sorprenderme.

# Detrás del miedo, el deseo

Irene S. Choya

MIEDO || *Del latín metus. 1. Estado afectivo de quien ve ante sí un peligro o ve en algo una causa posible de padecimiento. 2. Temor. Creencia de que ocurrirá o puede ocurrir algo contrario a lo que se desea.*

Así que el miedo también habla de mis deseos. Uhm. Hacer un listado de mis miedos no me motiva, es casi convocarlos —lo que es nombrado suele aparecer—. Hacer un listado de mis deseos es más tentador... Quizás me anime y os(me) los cuente. Quizás os(me) engañe y cuente otra cosa. No importa. Darle la vuelta al miedo y bucear en lo que esconde parece prometedor.



La verdad es que si no tuviese miedo a morirme no sabría de muchos de mis deseos. La frase: *¿y si me muero mañana?* suele parecer graciosa o infantil, provocar risas o incluso caras de incredulidad y, sin embargo, me ha sido y me es increíblemente útil y certera cuando tengo que tomar decisiones.

Sirve para decirte que te quiero.  
Sirve para dejar un curro que hace que me despierte sin ganas.  
Sirve para soltar palabras que dentro queman.  
Sirve para alargar un momento mágico y robarle horas al sueño.  
Sirve para dejar de perder el tiempo con tonterías (o tontxs, que también).

Pero la definición de *miedo* no dice exactamente eso. ¿O sí? Tener consciencia de la muerte al acecho. Como un deber hacia nuestrxs muertxs, agarrar la vida con fuerza y sin demora. Dedicarnos a lo que realmente importa.

¿Y qué es lo que realmente importa?, me preguntas. Ah, he ahí una de esas cosas que —por fin puedo decirlo— sólo se aprenden al hacerse una mayor y con suerte (o con ayuda, más bien). Aunque en realidad son cosas que ya sabíamos y que olvidamos. Basta observar a una niña o un niño. Claro que volver a serlo no es tan fácil (quizás para eso sirven lxs niñxs, pienso mientras escribo). Una pista: casi todo lo importante es pequeño y cotidiano.



Valecitas



Pero la definición de *miedo* no dice exactamente eso. Y es que ahora se me ocurre que lo realmente jodido es no tener claro lo que deseo. Porque entonces el miedo no se puede apresar y diseccionar para que asuste menos. Me explico.

Los miedos tienen formas y tamaños: a veces son un nudo en el estómago, otras ocupan casi todo el pecho y en ocasiones se instalan en la garganta. Es, por tanto, una cuestión de centímetros cúbicos. Los podemos medir y comparar: ¿qué es más grande, el miedo a hacerlo o a no hacerlo?, ¿el miedo o el deseo? (sí, los deseos también se escriben en el cuerpo, si no, son otra cosa).



Pero ¿qué pasa cuando el miedo es difuso, cuando me desborda y apenas lo identifico como tal? ¿Dónde está entonces el deseo? ¿Qué tengo miedo a perder? Como no tengo respuesta, me revuelvo.

Ay, ¿no será que sí la tengo pero no quiero mostrármela ni a mí misma?

Hay deseos que no queremos ver. Hay deseos que no quiero ver (hoy no vale esconderse en el plural).

Deseos que no sé encajar en la ficción de quién soy. Deseos que rompen las normas otra vez —pero esta vez son las *nuestras* las que rompo, duele más—. Y me pregunto: ¿hacia dónde voy?, ¿quién es ésta?, ¿soy yo? ¡Mierda! Si ya me había hecho mayor y sabía lo que era importante para mí. Sí, pero no tanto. Sigo dependiendo del juicio de lxs demás.



No reconocermé es uno de mis mayores miedos. Sólo comparable al miedo a la soledad. Porque es lo mismo.

Miedo a no ser. Miedo a la muerte, entonces. Y vuelta a empezar: ¿y si me muero mañana?



Pero la definición de *miedo* no dice exactamente eso. Y yo quería escaquearme y hablar de deseos y no de miedos.

Como si desnudasen menos unos que otros. 🌀

# Modos de decir miedo

Laura Gutiérrez y  
Luciana Caamaño

\*Preciado, Beatriz (2014), «La estadística, es más fuerte que el amor», en <<http://paroledequeer.blogspot.com.es>>

Nos invitaron a escribir sobre «el miedo a hacer algo mal», justo a nosotras que ahora mismo emprendemos esta aventura arriesgada y maravillosa de una convivencia con todos los miedos a que «salga mal». Pregunto entonces, antes que nada, ¿por qué cada vez que vamos a hacer algo, del orden que sea, lo primero que pensamos, muchas, es en el miedo a hacer algo mal?, ¿dónde se arraigó tan y tan profundamente ese cosquilleo que invade el cuerpo y lo paraliza? Porque la contraparte no es «hacerlo bien» sino no hacerlo, dejar de hacerlo, o mejor ni intentarlo. Total ¿para qué, si puede salir mal?

Los otros días leíamos que las estadísticas eran más fuertes que el amor,\* entonces, de nuevo: ¿y si sale mal? La ansiedad por la certeza, lo que nos dijeron, lo «que ya se sabe». Todo, antes que las sorpresas del universo.

¿Notaste que en rioplatense tenemos un buen manajo de fórmulas para hablar del miedo?  
«alto cagazo»  
«me da cuiqui»  
«qué julepe»  
Juguetes de la oralidad que tanto nos gustan. Pero, más allá del universo lúdico, ¿qué podemos pensar en torno al miedo?  
Sobre la que ahora es nuestra mesa, hay un cenicero sobre el cual hay un cono de incienso que se comporta de manera inesperada al consumirse. Tira ese humito clásico y cada tanto larga una bola de humo. Lo miramos, nos miramos, nos reímos, nos parece francamente hermoso.  
Cuando irrumpe la sorpresa en el universo cotidiano, puede aparecer el miedo o una de esas bocas que se abren como si estuvieran dentro de un cómic y en el globito del diálogo unas letras que forman: iohhhh!  
Me encanta que juntas aprendamos a disfrutar de las sorpresas del mundo.

Por obsesión, o quizá por (no)educación, yo tengo un runrún que, como el humo, se consume rápidamente mientras dice: «estamos haciendo esto mal, había que escribir sobre...», y ahí inician (podés ponerle el orden que quieras):  
a) La culpa de no estar haciendo lo que debería («por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa» —y eso que no fui a catequesis de pequeña que si no...).  
b) La expectativa de las otras.  
c) Lo que creo que debería decir (seguro que no es esto, seguro que alguien lo dice mejor, seguro que ya la cagué... y así ad infinitum).  
d) Esto va tan de la mano, así siamesa, con lo que pienso que esperan que diga («¿y cómo carajo sabés?» me digo despacito, pero resulta que siempre



siempre «lo sé». Siempre estoy segura de que la gente espera esa otra cosa que no soy yo. ¡Ah, sí! Soy futuróloga, ¿no te había dicho?).

e) Lo que quiero decir es que puedo llenar todo un alfabeto de culpas y dimes y diretes, presuposiciones de la A a la Z, menos dejarme llevar por lo que quiero decir o escribir.

«No se puede prejuzgar algo que no existe»,  
dijiste los otros días hablando sobre la parálisis frente a la escritura.  
(Valga decir que mi expresión fue: «esto es malísimo, no dice nada»... y sí, resulta que no había escrito nada aún).

Cuando te agitás la cosa funciona, ahí donde podemos hacer nuestro el mundo cotidiano o reírnos de las maneras que nos inventamos para mitigar el miedo, un espacio seguro donde inventar lo posible.

Este mediodía, en una conversa telefónica recordé otra fórmula para decir miedo: «¡le dio un sorete!»  
lo hermoso de las perlas del lenguaje de cada sitio es que así sueltas son casi imposibles de entender  
se pueden pensar como un primerísimo plano, ¿no?  
una foto sacada tan tan tan de cerca que la pequeña totalidad a la que pertenece se invisibiliza  
quizá siempre tenemos un cachito a la vista, ¿no?  
¿se trata de eso el miedo?  
¿la incertidumbre que provoca todo eso que no se ve, no se escucha, no se entiende?  
¿ese resto que completa la idea del todo?  
¿y en cuanto al hacer cómo sería?  
¿a la inversa?  
esa metáfora que aunque no me guste nada es lograda: «la página en blanco»  
casi nunca son dos las posibilidades pero me resulta productivo pensar de esa manera  
ese espacio para decir, para hacer  
permite estacionar nuestro coche emocional  
en el entusiasmo o en el miedo  
algo así como:  
placer *vs.* goce  
la posibilidad implica la elección  
la elección conlleva la pérdida en sí misma  
digámoslo así:  
decir esto es  
a su vez

no decir aquello  
el todo no existe  
es el *leitmotiv* de mi terapia psicoanalítica  
quizá se trate de eso.

¿Pero qué pasa cuando el todo, o la elección, está más puesta en los ojos de l\*s otr\*s que en los tuyos? Digo, cuando pienso en que voy a hacer algo mal pienso en general que voy a hacerlo mal a los ojos de l\*s otr\*s... y ahí la partitura se vuelve un insoportable desarreglo tonal. Por ejemplo, cuando todavía siento que no está todo bien con tod\*s en la calle, en la familia. Yo tan activista, tan feminista, tan torta disidente con miedo a que me miren mal: dejo de besarte, dejo de acariciarte, de tocarte, no vaya a ser que esta princesa pierda parte del reinado de la decencia, ¿no? Pero ese mundo, de verdad, ¿qué tiene que ver con nuestros roces, nuestro tortismo así a flor de piel? Vos tan vos, y yo haciendo lo propio (dirías vos...).

Mientras escribo pienso en todos los besos que no te di, por si las dudas... ¡iqué cagazo al pedo! ¿no? (y acá te quiero ver traduciendo este miedo a otros argot del modismo español).

¡Ay, por todas las putas! ¡los modismos españoles me debilitan!  
uno de mis favoritos: «a su bola»  
ése es un lindo deseo, ¿no?  
que cada une de nosotres vaya a su bola  
sería maravilloso  
que los besos y las caricias atiendan únicamente al deseo

que la mirada de les otros  
nos pase por el culo

hace pocas noches  
en una fiesta improvisada  
cantamos a los saltos y a los gritos  
ese hermoso himno gay de nombre:  
¡¿a quién le importa?!  
¿te acordás?

El problema es que, siempre, resulta que nos importa, mucho agite, mucha fiesta, pero esa vocecita tan fina, tan del deber ser, no se calla.

Habrá que recordar el inicio, ¿cuáles son las maneras de nombrar el miedo? ¿qué nombran en cada cuerpo y en cada historia?

Por lo pronto, no sabemos si lo que estamos escribiendo es lo que esperan... mientras tanto saltamos al vacío... de eso, quizá, se trate todo este juego. 🌀

# El ulular del tiempo

Cruz García Casado

Cuando te decides a escribir sobre una historia personal no puedes dejar de sentir cierto pudor, no deja de ser como desnudarte, pero creo que ya ha llegado el momento de escribir sobre lo que me dé la gana.

El tiempo es relativo.

A veces pasa lento y ceremonioso, otras, fugaz y escurridizo. Pero nunca se detiene.

El reloj, sí, el tiempo, nunca.

El tiempo –materia de la que está hecha la vida– es un misterio. Intangible, indomable y caprichoso, a su paso se lleva muchas cosas y los seres humanos somos víctimas y testigos impotentes de sus efectos.

El tiempo nos regaló la juventud, esa época tan feliz como complicada que por alguna extraña razón añoramos el resto de nuestra vida, deseando que fuera eterna. Por suerte, pasa y nos lleva a la madurez –palabra de contenido incierto para depende quien– hasta que, con una sonrisa irónica, nos hace mayores.

Yo, como mujer, entiendo sus mensajes. Los he sufrido en mis propias carnes. Te ensancha, da contra tus huesos, te llena de arrugas, te pinta canas, puede volverte invisible y tu mundo interno se vuelve un hervidero de contradicciones. Y cuando los jovencitos, por respeto o ingenuidad, te llaman *señora*, sabes que no hay marcha atrás.

A mí, cuando entré en ese proceso, lo primero que se me ocurrió fue ir a hablar con mis hermanas, algo mayores que yo. Y les dije, de sopetón: «¡Chicas, hay que espabilar! Si el tiempo nos quita tantas cosas y la experiencia no nos hace más sabias y solventes, perdemos mucho a cambio de nada».

Las pillé por sorpresa y necesité algunas risas y explicaciones para que todo tuviera sentido.

Hacerse mayor es un proceso complejo al que tienes que adaptarte con sabiduría y mucho sentido del humor. Puede ser una etapa linda llena de opciones y descubrimientos, pero una sociedad como la nuestra, con su culto efervescente por la juventud, no te lo va a poner fácil.

Otra de mis ocurrencias fue crear una frase que me da un resultado estupendo. Suelo usarla cuando la situación me parece comprometida, incómoda o desafiante. Sobre todo si el desafío es juvenil y vehemente. «Mira, soy mujer y ya tengo las tres EMES».

Normalmente se crea un silencio y una gran curiosidad.

«Soy: Mujer, Mayor y Mala».

(Mala de malicia no de maldad, aclaro).

Me divierto con la sorpresa de mis interlocutores, que sonríen entre sorprendidos y desconcertados.

Es curiosa la cantidad de mujeres que me han asegurado: «Esa frase te la robo». Yo sonrío y me callo mientras pienso: «Cita la procedencia».

Por fin ha llegado el momento de sentir que ya no necesito demostrar nada. Me he ganado el derecho a ser yo sin miedo y sin angustias.

He agudizado mi capacidad de leer, mis miedos se han templado y mi sentido del humor se ha hecho más maduro. Puedo reconocer sin miedo que ya no tengo paciencia para aguantar estupideces, para pasar por tonta ni para dejarme embaucar con ciertos tejemanejes.

Por fin ha llegado el momento de sentir que ya no necesito demostrar nada. Me he ganado el derecho a ser yo sin miedo y sin angustias.

Porque hay un momento en el que algunas mujeres perdemos muchos miedos y muchas exigencias que nos han torturado durante toda la vida.

Mi momento comenzó cuando empezó mi menopausia, palabra tabú para muchas personas.

Mi médico me miró con una sonrisa maliciosa y me dijo: «Ahora tiene usted 10 años de chapuzas». Yo me asusté. Y él me dijo, aún más sonriente: «No se preocupe, va usted a engordar, tener sofocos, perder masa ósea y tener las hormonas totalmente alteradas». «No, si no me asusta, sólo estoy aterrada».

Afortunadamente, no fui de esas mujeres que temen perder su feminidad, su fertilidad o su atractivo. Pero entiendo y respeto lo duro y cruel que puede ser para algunas, dependiendo de su educación y sus inseguridades.

Cómo asumir el miedo feroz a dejar de ser una *mujer completa*.

Tengo que reconocer que me divertí mucho en ese proceso. Claro que también tuve una ayuda importante: mi compañero, un hombre sencillo y amable, con el que he pasado casi toda mi vida, me acompañó sabiamente en el proceso. Me entendió cuando ni yo misma me entendía, compartió mis sofocos y mis *friocos* –porque yo tenía, no sé por qué, *friocos*–; y lo que es más difícil, me demostró que no era mi presencia sino mi esencia lo que le gustaba de mí.

Hice algunas tonterías, sí. Ahora las recuerdo entre carcajadas, pero en su momento me desquiciaron y me hicieron sentir un ridículo atroz.

Aprendí a vivir el momento con naturalidad y salí reforzada.

Perdí el miedo a no ser aceptada y la necesidad de ser –o al menos parecer– una mujer estupenda y supe que intentar gustarle a todo el mundo es un esfuerzo que no merece la pena.

Es curioso. A pesar de ser una mujer independiente, trabajadora y que ha conseguido ser respetada, he cargado y me he tenido que enfrentar a los miedos internos y externos que proceden de mi condición femenina. La mayoría superados con la edad, sí. Todos, no. 🌀

# Escritos posibles sobre el abandono

Celia García López

A veces la sensación de abandono produce lejanía, como si eso que sientes y piensas, eso que duele, le sucediera a otra, esa otra que a veces eres tú pero a la que miras con distancia. Desde esa lejanía es más fácil analizar, desviar la atención, salir del atolladero...

El abandono es un sentimiento tan del principio... Puede que el resto de los miedos nazcan de ahí. Miedo a no poder sobrevivir solxs cuando aún somos dependientes. No poder sobrevivir solxs es, en realidad, una constante en nuestras vidas, por mucho que quieran desviar nuestro entendimiento hacia el tenebroso mundo de la producción.

La niña piensa: Si llueve tanto nadie debería estar fuera, si se hace muy de noche, nadie debería estar fuera. No se atreve a decirlo.

¿Cómo será ir al desierto hoy? Ir al desierto con fatiga, sin la luz de hace años, ir al desierto ahora es como buscar en otro cuerpo algo que no existe. Quien no se siente vulnerable en el desierto, no está en el desierto.

Sucedió hace unos años. En mi portal murió una mujer sola en su cama. Edad: cuarenta y tantos. Vivía con sus padres, pero estaban de vacaciones en el pueblo cuando ella murió. Nos enteramos del fallecimiento por el olor. Llamamos a lxs bomberxs y la encontraron en su cama. Fue triste y desconcertante. Creo que esa tristeza y desconcierto estaban motivadas, además de por la muerte, por saber que todo sucedió en soledad.

Una representación sin público es una imagen manida, gastada. Una representación sin público es una imagen gastada que no se ha quitado la tristeza de encima.

Enseñar un espejo al espejo y así hasta que no haya nadie que pueda mirar.

¿Pues qué es lo que amas, extraordinario extranjero?

¡Amo las nubes..., las nubes que pasan... allá lejos... las maravillosas nubes!  
*Baudelaire*

La neurosis motivada por el miedo al abandono tiene que ver, desde otro punto de vista, con el temor a una posible falta de auxilio, también con el miedo a perder la identidad. Yo soy en el otro, en la otra, que diría aquél. Necesito una mirada externa que me dé entidad. Si llevamos al extremo esta supuesta necesidad, nos encontramos con la ansiedad de estar en un continuo proceso de actualización de nosotras mismas, en una continua representación que necesita de un público que le otorgue significado. La soledad es, en este sentido, la pérdida absoluta del yo, la decadencia del sujeto, cuya consecuencia nos lleva irremediablemente al sentimiento de abandono, de pérdida, de desprotección.

Cuando el miedo al abandono se convierte en neurosis, podemos encontrar el egoísmo y la complacencia, a veces la envidia y el orgullo, a veces otra cosa a la que no puedo poner nombre, pero que escuece como enredadera; y es que la neurosis, casi siempre, produce monstruos horribles.

Ella habla con la voz del látigo. ¡No me dejes aquí, no me dejes aquí!, grita. No se reconoce en esa voz, aunque sabe que sí, que su voz y la del látigo son la misma cosa.

¿Por qué motivos crees que puedes ser abandonada?, ¿qué sucedería si te abandonaran?, ¿cuándo tomaste conciencia de que el abandono podría conllevarte sufrimiento?, ¿qué sientes cuando te sientes abandonada?, ¿padeces lo mismo ante el abandono de una pareja que ante el abandono de tus amigxs?, ¿por qué? ¿Qué hay de la relación entre familia y abandono? ¿Te has abandonado a ti misma alguna vez?

No me gusta la épica, las hazañas bélicas, el *no podrán conmigo*, el *yo puedo con todo*. Tiendo a universalizar porque así es más fácil poner palabras al mundo; también, aunque me duela, juzgo en dicotomías: esto bueno, aquello malo.

Y mi mente piensa de manera discontinua, sin claridad, a veces tan rápido que las palabras se me van sin saber cómo.

No nos gusta la épica, las hazañas bélicas, el *no podrán con nosotras*, el *nosotras podemos con todo*. Tendemos a universalizar porque así es más fácil poner palabras al mundo; también, aunque nos duela, juzgamos en dicotomías: esto bueno, aquello malo.

Y nuestra mente piensa de manera discontinua, sin claridad, a veces tan rápido que las palabras se nos van sin saber cómo.

La primera persona del plural me da seguridad. Una forma sutil de escondite, una forma explícita de pertenencia. Todo lo contrario a exponerse en soledad. Todo lo contrario a sentirse en abandono. 🌀



# Nudos

Le construimos una vivienda al miedo:  
de cien paredes sólidas,  
de criadas silenciosas,  
de duelos encerados  
y techos robustos.  
Él fue, entonces y ahora,  
el único animal doméstico.

Cobijar el miedo,  
como si fuese un exiliado,  
un herido de guerra.  
Sorprenderse después de que domine  
todo.

---

Teresa Soto (*Nudos*, Arrebato Libros)



---

Tania Parducci



# ¿Qué pasa cuando dejamos de tener miedo a defendernos?

## ¡Que el miedo cambie de bando!

¿A qué tenemos miedo? ¿Tenemos miedo al dolor? ¿Miedo a que nos maten? ¿Miedo a visibilizar el daño que nos hacen lxs demás? ¿Miedo a que no nos tomen en serio ni en nuestras redes sociales? ¿Tenemos miedo a causar dolor? ¿Miedo a defendernos? ¿Miedo a hacer daño a otra persona? Ese miedo que prevalece sobre todos los demás miedos, porque como mujeres nos han enseñado que la razón más básica de nuestra existencia es cuidar a lxs demás. Pero, entonces ¿qué pasa cuando las mujeres, las bolleras, les trans (\*MBT)<sup>1</sup> dejamos de tener miedo a defendernos?

«Que el miedo cambie de bando» es una frase que se dio a conocer gracias a la banda de música antisistema *Riot Propaganda* y que ha aparecido últimamente en artículos de prensa, textos y publicaciones feministas, generando bastante debate y polémica. Inicialmente, la frase surge como una crítica hacia mujeres feministas que abogan por la autodefensa

como defensa física legítima y que fueron encapuchadas a unas manifestaciones en Euskal Herria. Una crítica apoyada en la idea de que esas *declaraciones de guerra* no pueden generar un cambio social en la lucha contra el machismo. Por suerte, esa crítica no fue muy acogida y algunxs feministas se reapropriaron de la frase como lema y hoy la vemos en las pancartas de manifestaciones a las que acuden miles de personas<sup>2</sup>.

¡Yo lxs aplaudo y me uno a ellxs! Para mí, se trata de una declaración de resistencia, no de guerra (creo que, a pesar de las capuchas y las antorchas, nunca han querido decir que vamos a matar a todos los hombres mientras duermen). No sé si realmente pensamos que es posible que «el miedo cambie de bando», pero ese detalle no me importa. Ese lema significa que somos muchas las que ya no vamos a aceptar la violencia

<sup>1</sup>MBT-Mujeres, Bolleras y Trans\*, como colectivas oprimidas por el patriarcado y que están aliadxs en sus luchas contra el machismo.

<sup>2</sup>Como en las manifestaciones feministas que tuvieron lugar el 9 de abril de 2016 en Euskal Herria.

<sup>3</sup>Los superhéroes llegan tarde y, además, sobran. ¡Nosotras mismas somos capaces de defendernos sin ellos! Además, ya sabemos que los propios guardias civiles también nos agreden.

<sup>4</sup>Quiero resaltar aquí que la libre elección de no usar la defensa física ante una agresión también es una decisión y una defensa legítima, que todxs podemos defendernos de la manera que creamos adecuada según nuestras circunstancias.

<sup>5</sup>La no violencia es patriarcal. Capítulo 4 del libro *La no violencia protege al Estado*, de Peter Gelderloos (disponible online).

machista y que no vamos a esperar que alguna otra persona o una institución nos proteja<sup>3</sup>. Vamos a demostrar que somos fuertes y autónomas, y que estamos preparadas para reaccionar. Ya no tenemos miedo a defendernos.

Hay gente que argumenta que las respuestas físicas son una perpetuación de la violencia en una sociedad ya hiper-violenta y, por lo tanto, no nos apoya en nuestras respuestas desde la autodefensa. Yo, sin embargo, digo otra cosa: si alguien me ataca físicamente, me defenderé, y si para ello tengo que romperle las rodillas, lo haré<sup>4</sup>. Rechazo el pacifismo (la no-violencia) por ser una actitud que implica someterse al sistema de dominación patriarcal<sup>5</sup>. Me parece que el uso de la defensa física desde lxs \*MBT es legítima y que es parte del empoderamiento que necesitamos permitarnos en una sociedad que nos ataca diariamente.

Un mundo en el que el poder del patriarcado se invierta, en el que sean los hombres-cis los que sientan un miedo que atraviese todos los ámbitos de su vida, está muy lejos de la realidad. Además, no me parece que ése sea el plan de las feministas que practicamos autodefensa. Creo que es importante dejar clara la posición que ocupamos cuando decimos que el miedo va a cambiar de bando. Tanto el patriarcado como el machismo son violencias estructurales y sistémicas por parte de los hombres hacia las mujeres. Los hombres que sufren violencia de otro tipo o a manos de





Quien no quiere cambiar una realidad ventajosa utiliza una doble estrategia: por una parte la niega y por otra la difumina. Entre lo que borra y lo que emborriona permite que la vida continúe en la zona gris y sombría del desconocimiento, para así mantener sus privilegios.

Miguel Lorente Acosta

«Me refiero al uso del miedo a nivel estructural a través de la socialización que normaliza la violencia machista hacia lxs \*MBT: las agresiones, el castigo social, la violencia sexual como arma de guerra, etc. Otras armas de violencia estructural serían la policía, el ejército, la cárcel, el sistema judicial.

«Ver, entre muchos, grupos «masculinistas» como Foro Coches, *Roosh* V el rey de la masculinidad, y otros que han llegado a amenazar y atacar personalmente a activistas feministas.

La autora es bollera transfeminista, practicante de autodefensa y va encapuchada cuando le da la gana.



## ¿Yo no soy un hombre?

Germán Domínguez Pérez

Nos jugamos la vida cada vez que nos vemos reflejadx. Es «la prueba del espejo», con dos resultados posibles: pasar o no pasar. Dentro de cada persona, hay como mínimo dos reflejos: el de la persona que creemos que somos y el de la persona que creemos que debemos ser. Si al verse enfrentados, no se reconocen entre ellos, si el rechazo se vuelve insoportable, moriremos tal y como hasta ese momento nos hemos conocido.

Pero todo lo que está vivo se empeña en seguir viviendo. Por esa razón, seamos lo que seamos, sentimos la obligación de defenderlo, hallando la manera de gustarnos, sea como sea. Explotadores de todo tipo pasan cada día la prueba del espejo y se sonríen. Cuanto mayor es el privilegio, más fabulosa es su defensa.

Desde el momento en que me encontré con el feminismo (en realidad me encontré con una amiga feminista) gustarme a mí mismo se volvió bastante más difícil. Al principio, la fuerza con la que me sentí cuestionado fue proporcional a la rabia con la que traté de defenderme. Poco a poco, la realidad que conocía comenzó a hundirse y con cada grieta que se abría se volvía más insostenible. De repente, un día, se derrumbó. Todas las trizas encajaban sobre el suelo: yo, hombres, privilegios, patriarcado. ¡Cómo es posible que no lo haya visto antes!, pensé.

Sucedió que desperté al feminismo cuando fui capaz de entender los miedos que no tenía por el hecho de ser un hombre. Una vez despierto, seguí avanzando a través de conversaciones, lecturas y relaciones en ambientes cada vez más feministas. Los privilegios que antes tanto me había costado ver (o que tanto me había resistido a aceptar) los veía ahora por todas partes. Después de un tiempo, dejé de removerme en la silla cada vez que una feminista hablaba de «los hombres» y empecé a cambiar algunas conductas que habían dejado de ser aceptables para mí mismo.

Creo que fue a partir de entonces cuando comencé a sentirme un hombre diferente del resto de los hombres. Había sido capaz de ver lo que muchos otros no eran capaces de ver; había leído, escuchado y participado con solvencia en conversaciones y debates feministas; me había atrevido

una mujer no están expuestos a una violencia sistémica. Las \*MBT no somos las dueñas de la violencia estructural. El patriarcado utiliza el miedo como arma<sup>6</sup> y, aunque algún hombre pueda sentir miedo por una vivencia en particular y ese miedo pueda ser provocado por las acciones de una mujer en particular, jamás será comparable al temor causado por el heteropatriarcado, cuya estructura social aún mantiene intactos sus cimientos. Tal vez alguno, al vernos encapuchadas por la calle, sienta algún tipo de preocupación al pasar a nuestro lado. Pero, seguramente, más tarde, en el bar con sus amiguitos, se reirá de la idea de perder su posición en la sociedad. Y cuando llegue a casa y descargue su mierda sobre su compañera, el temor a las consecuencias no lo va a paralizar. Miedo, como el que nos inculcan, no lo tendrá nunca.

Dicho esto, sí creo que la presencia de \*MBT sin miedo en la calle cambia algo. Cambia la idea que tienen los misóginos sobre nosotrxs. Ven que no aceptamos su opresión tal cual, ven que somos muchas y que nos apoyamos mutuamente. De esta forma, les será cada vez más difícil seguir ejerciendo su poder, porque somos cada vez más lxs que estamos reaccionando contra ellos. ¡Que dejemos de tener miedo y que lo expresemos es un lema de resistencia que a mí me gusta y me anima!

Tal vez valdría la pena mencionar que algunos sí tienen miedo: los hombres abiertamente machistas, los que defienden su posición social como merecida y sus actos como naturales. Al igual que en otros momentos de la historia en los que muchísimas mujeres se levantaron para luchar, en los últimos años han resurgido grupos de hombres que atacan abiertamente a las feministas. Predican machismo en seminarios, blogs y grupos de apoyo. Nos tachan de *feminazis*, difunden propaganda diciendo que somos mentirosas, que utilizamos la denuncia sólo para joder a los hombres y nos atacan personalmente por contar en público las agresiones machistas que hemos vivido. Puede que perciban que las \*MBT estamos cambiando algunas cosas, ganando un terreno que no quieren que tengamos, y eso les pone cada vez más violentos y sienten la necesidad de reafirmar su poder, por si lo pierden<sup>7</sup>. Se están cagando. Así que, tal vez, el miedo sí está cambiando de bando! ●



incluso a explicar a otros (y a otras) la apabullante nueva realidad que me habían descubierto; y, una de las mejores cosas, quienes eran feministas antes que yo, me daban en ocasiones la enhorabuena. De alguna manera, yo también me sentía feminista y bajo esa nueva identidad fue fácil crearme un hombre que le había doblado la mano a su propio género. Yo no soy un hombre, casi podría haberme dicho. De ahí la incomodidad y el rechazo (mutuo) que desde la adolescencia había sentido hacia la mayoría de los hombres.

Sin embargo, ¿soy realmente un hombre diferente? ¿Hasta dónde he renunciado a mis privilegios? ¿Ya estoy libre de oprimir? ¿He dejado de dar miedo? Si pienso en los privilegios como la consecuencia de una lectura que el resto (y yo mismo) hace de mi cuerpo, sé que la respuesta es «no», porque no está en mi mano modificar completamente esas lecturas. Entonces, ¿por qué me creo capaz de renunciar yo solo a los privilegios que no sólo yo me he dado?

Porque quizá esa es la única manera de salvarme de mi propia mirada feminista, que, sin embargo, si no estuviera interesadamente emborronada, no soportaría la contradicción de saber que no puedo abandonar individualmente mis privilegios al mismo tiempo que me siento un hombre feminista y des-privilegiado.

En ese camino, no sólo he logrado colocarme en un lugar con lo mejor de ambos lados, donde apenas me siento cuestionado y desde el que puedo cuestionar mientras mantengo privilegios, sino que, al alejarme tanto de la mayoría de los hombres, de alguna forma les estoy diciendo que no hay posibilidad de cambio, que entiendes o no entiendes a las feministas, ocultando el rastro que yo mismo he seguido a muchos que podrían acercarse.

La idea de juntarme con otros hombres para echar abajo la masculinidad hegemónica no sólo me hace sentir incómodo, sino que también me da pereza, una sensación mucho menos respetable. ¿Cómo le explico a un activista de izquierdas que tiene privilegios? ¿Y que forma parte de la cultura de la violación? ¿A quién voy a seducir? ¿Quién será, entre hombres, el hombre *diferente*?

Desde hace no mucho, he comenzado a pensar que tanto la incomodidad como la pereza son síntomas que me hablan de hasta qué punto me queda trabajo por hacer y de con quién tengo que hacerlo. Pienso que mientras no desaparezcan las categorías de género, es necesario que los hombres nos juntemos entre nosotros a averiguar cómo renunciar a los privilegios que nos damos. ¿Quién si no va a enseñarnos? O peor, ¿quién esperamos que lo haga? ¿Es justo que las feministas no sólo tengan que cuidarse, sino que una vez más vuelvan a cuidarnos? 🌀

# Me- drana

Nagua Alba

| (AS)                                                                                                                                                                                                                                                                   |                                                                                                                                                                                                                                               | (OS)                                                                                                                                                                                                                                                                                 |                                                                                                                                 |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| Las manos sudan. La barbilla, la nariz y la frente miran al suelo. El pecho se hincha y deshinchas demasiado deprisa. Los hombros hacia delante, la espalda arqueada. Los ojos recorren rápidamente las caras de alrededor en busca de algún punto de apoyo, de alguna | mirada tranquilizadora, de alguna sonrisa. Las piernas tiemblan. La tripa duele. Un pie se mueve rápido sobre el talón, arriba-abajo-arriba-abajo-abajo... Tras los labios secos se acumulan las sílabas que saltan de golpe y a trompicones. | Las manos bien abiertas, señalan. La barbilla, la nariz y la frente en dirección al techo. El pecho está siempre hinchado, como el de un pavo. Los hombros hacia atrás, el cuerpo recto. Los ojos miran desde arriba. Las piernas bien abiertas, lo ocupan todo, hasta lo que no les | corresponde. La tripa rebosa. Un pie pisa el pie de al lado. Una sonrisa condescendiente asoma por las comisuras de los labios. |

Nosotras tenemos miedo, es lo lógico, lo normal. Somos sensibles, frágiles y un poco cobardes. Lo tenemos –y podemos tenerlo– estemos donde estemos: en casa, en la calle y también en el trabajo. Ellos son fuertes, decididos y muy valientes. No tienen miedo –no pueden tenerlo– ni en casa, ni en la calle, ni tampoco en el trabajo. En los espacios que ellos han construido y habitan está prohibido asustarse. La política es un espacio construido por y para ellos, en política no se puede sentir miedo. ¿Pero qué pasa cuando nosotras nos colamos en un espacio diseñado para ellos? ¿Qué pasa cuando

decidimos hacer política y no hacerla a su imagen y semejanza?

La primera vez que me subí a un escenario delante de cientos de personas, que me senté en un plató de televisión o me acercaron un micrófono a la cara, me morí de miedo. Cuando tuve que dar mi primer discurso, lo confesé: «tengo miedo». En ese instante, el miedo desapareció, se volatilizó junto a las palabras que acababa de pronunciar. Reconocer mi miedo, explicitarlo, me dio permiso para sentirlo, así

que no me hizo falta, y se fue. Cuando me bajé del escenario, mucha gente se me acercó y me felicitó, me llamaron *valiente*. ¿Pero cómo iba a ser valiente si acababa de confesar que estaba asustadísima? Era valiente porque tenía permiso para sentir miedo –porque todo el mundo asumía que lo sentía– pero había usado ese permiso, lo había convertido en un arma, casi en una fortaleza.

Ellos no tienen permiso. Cuando suben a un escenario deben pisar firme y hablar alto. Cuando entran en un plató deben interrumpir y no dudar. No tienen permiso, pero sí que tienen miedo, tanto como nosotras.

Y lo que más miedo les da somos precisamente nosotras.

Nosotras invadiendo sus espacios, nosotras dirigiéndonos a ellos, nosotras diciéndoles que no tienen razón, interrumpiéndoles, sonriéndoles, nosotras sintiendo miedo y confesándolo. Porque nuestro miedo sí lo podemos sentir, sí lo podemos confesar, nuestro miedo les asusta. Y cuando tienen miedo de nosotras lo intentan espantar. Y entonces nos hacen sentir pequeñas: ocupan nuestro espacio, nos gritan, nos señalan, nos achican con apelativos cariñosos, nos sonríen con ternura y conmisericordia, nos muestran lo frágiles e indefensas que somos. Nos asustan, nos asustan para esconder su indefensión.

Tenemos un gran reto por delante: por un lado, abrirnos paso en los espacios contruidos por y para ellos y ocuparlos. Pero también y principalmente es urgente cambiar esos espacios. Ese cambio implica incorporar en la política los saberes y prácticas de los movimientos feministas poniendo la vida en el centro y asumiendo el cuerpo como

un campo de batalla. Supone desenvolvernosen ellos a nuestra manera, arrojar en ellos el miedo, la tristeza, la felicidad, la debilidad, la vulnerabilidad, la sensibilidad, y todas esas cosas que, aunque ya estaban allí, nadie dejaba que se vieran. Es eso que llamamos «feminización de la política», que tiene que ver con que las mujeres estemos más presentes, pero sobre todo con cambiar esa forma clásica de hacer y decir que históricamente ha estado más ligada a lo masculino, porque eran los hombres los que hacían política. Feminizar la política es gestionar la diversidad en términos no bélicos, no querer erradicar la diferencia, sino entender que eso es algo bueno que nos fortalece y enriquece. Es escuchar, es intervenir en los debates sin agredir a quienes tienes enfrente, asumir que a veces tendrás razón y otras no. Es construir en vez de destruir. Feminizar la política es hacerla mirando hacia fuera, invitando y no expulsando, tendiendo la mano y siendo humildes. Es hacer la política compatible con la vida, la felicidad, los diversos modelos de familia, las amistades y el tiempo libre.

Necesitamos construir otra forma de hacer política. Una política en la que todos y todas tengamos derecho a sentir miedo, una política en la que nadie tenga derecho a atemorizar a nadie. 🌀

# Ficciones de vida

Cuando la identidad es cuestionada y en el sistema salta error

Ana Sánchez Palomo

Leo Kulisevsky Plaza

Hablar de identidad es como meter los pies en la arena. Es meterlos y que se revuelvan en un frío que cala hasta los huesos, es intentar crear un rastro propio, un dibujo que por unos instantes lleve tu nombre.

Hablar de identidad es hablar de nosotrxs y del verbo *ser* mientras nos quitamos de encima el abrigo de la feminidad-masculinidad. Es temer y es querer quedarse desnudx. Es hacerlo mientras decides qué vas a ponerte. Es que te pregunten quién eres y no seas capaz de responder.

**LEO:** ¿Qué es lo que verdaderamente entra en juego en esta ruleta que es la identidad?

**ANA:** Quizás sería más fácil referirnos a lo que no entra en este juego, aunque no sea de lo que hayamos venido a hablar. Cuando me dijiste que ibas a transitar, no me sorprendió en absoluto, quizás por la sinceridad con la que a veces nos habíamos quedado en cueros o simplemente porque mi *yo* nunca se había correspondido con la imagen que se representaba en los espejos.

No sabría explicar exactamente qué fue lo que supuso tu entrada de nuevo en mi vida. Algo parecido a un terremoto, a un tsunami, a un viento huracanado de esos que se ven en las películas del domingo por la tarde y que se lleva todo lo que puede por delante. Así re-entraste tú en lo que se suponía que era yo, reventando todos los castillos de arena que había construido durante todo este tiempo.

Castillos con nombre de mujer de pelo largo y seducción que se sostenían siempre que el feminismo se quedase sentado a dos mesas de la mía.

Cuando decidiste tomar las riendas de tu vida y vivirla de una forma más coherente a lo que sentías es cuando inconscientemente decidí hacerlo yo también. ¿Qué diferencia crees que existe entre tú y yo?

**LEO:** No creo que tú y yo nos pintemos de diferencia. Creo que tú y yo nos enfrentamos a la identidad con miedo, aunque quizás no con los mismos miedos.

Pienso que el miedo y la identidad andan siempre de la mano. Cuando empecé todo este viaje descubrí temores de los que nunca antes había sido tan consciente. En la mesa se sentaron el miedo al no-reconocimiento, a la hormonación, a la figura del

hombre y a la de mujer, a mis padres e incluso quedó sitio para mí. ¿Qué estaba haciendo yo tomando una decisión como ésta? ¿Por qué transitar?

El principio no fue fácil, la decisión vino acompañada de millones de miedos, como una ola gigante que te va arrastrando a preguntas sin fin y sin un porqué que te convenza, porque hay demasiados porqués sin respuesta o donde la única es: porque así lo siento. Así, empecé a ser Leo, poco a poco, a construirme y de-construir muchas verdades que creía ciertas. Porque si de una cosa va mi transición es de ir probando, de ir superando unos miedos y enfrentándome a otros nuevos. Para mí, transitar no significa llegar hasta un punto donde hay un fin, es más parecido a una deriva donde me voy encontrando y en cada momento voy viendo qué es lo que me hace estar bien conmigo.

Pero el viaje nunca lo haces solx y en él aparece el *otro*, aquél que con las gafas de «hoy te vengo a analizar» busca y necesita encasillarte en algún lado. «¿Pero tú qué eres? ¿Eres un chico o una chica?».

Aquí es cuando empieza la batalla real por poder ser yo y la lucha frente a aquellxs que no entendían por qué me corté el pelo y empecé, algún tiempo después, a nombrarme en masculino.

**A.** La figura del *otro* me inquieta. Por un lado, parecemos necesitarlo cuando nuestro propio reconocimiento se nos queda corto, puesto que es quien nos aprueba o nos invalida con la mirada, quien decide en qué lugar va a colocarnos. De igual modo, su postura es tan determinante que incluso puede llegar a modificarnos, a sustituir nuestras decisiones por otras por el simple hecho de no querer ser juzgadxs.

Al final, seamos o no *trans*, nos vemos abocadxs al suicidio de una clasificación sin tregua. A mí no me preguntan si soy un hombre o una mujer, puesto que soy fácilmente catalogable, a mí me preguntan por el tipo de hombres que me gustan y se sorprenden cuando les digo que también me agradan las mujeres y colapsan cuando les explico que también pueden llamarme Biel.

Biel también soy yo porque en Biel se materializa una parte de mí que Ana nunca será capaz de asumir. Biel soy yo porque en mí también existe un espacio directamente asociado con lo

que entiendo por *masculinidad*. Un espacio que siempre se ha mantenido al margen, que nunca ha alzado la voz porque no se veía legitimado a hacerlo.

Y con ello no pretendo banalizar, de ningún modo, lo que se entiende por un tránsito o el papel mismo del transgénero o transexual. Lo que pretendo es encontrar un lugar en el que poder ser, en el que poder «suceder» con una mayor coherencia. ¿Te parece una ida de olla, verdad?

**L.** ¿Por qué iba a parecerme una ida de olla que alguien quiera vivir de forma más coherente? Considero que el trabajo sobre la identidad no sólo trata de entender si nos encontramos más cómodxs en una categoría u otra, sino de poder ubicarnos vitalmente donde nos parezca más acorde con lo que sentimos.

Que tú me digas que existe una parte de ti que quieres vivir en masculino es una prueba de que las categorías no son suficientes y de que nunca van a llegar a serlo; evidencia una necesidad de quebrarlas para existir del modo en que nos apetezca.

¿Menuda utopía, verdad? Si nos pudiésemos cargar de una maldita vez todas estas condiciones completamente ficticias, la vida podría ser, por fin, algo más vida. Pero la realidad nos constriñe, nos quiere aquí o allí, pero nunca en ambos lados y quien pretenda fluctuar, quien se atreva a estar en el aquí y en el allí a la vez, o en uno u otro de forma discontinua, deberá verse las caras, sí o sí, con el magnífico *otro* del que hace un momento tú me hablabas.

**A.** ¿Tú crees que el margen va a ser siempre nuestro lugar refugio?

**L.** Creo que el margen nos coloca en un lugar interesante, nos da una visibilidad que justo ahora necesitamos para poder acontecer, para poder aparecer en el espacio público con una etiqueta que nos defina bajo el paraguas de la indefinición, bajo un nombre que me identifique, que nos identifique y que pueda colocarse al mismo nivel que el de «mujer» u «hombre» y que deje de una vez de verse como algo equivocado, como un error del sistema. Porque el sistema está lleno de errores maravillosos. 🌀



# ¿Las Malqueridas? Sesión grupal de Arteterapia Gestalt

Alma María

El Arteterapia Humanista Gestalt consiste en usar medios artísticos en un contexto terapéutico. Todxs proyectamos el mundo interno en formas visuales. Trabajarlas es crecimiento personal. Consignas: vive aquí y ahora, experimenta lo real, abandona pensamientos innecesarios (observa lo obvio), expresa en lugar de manipular o justificar, entrégate al dolor tal como al placer, responsabilízate plenamente. En Gestalt, quien conduce la terapia parte de un proceso terapéutico: hice cuatro años de Arteterapia Gestalt grupal y casi cinco de Psicoanálisis individual (de diván, sí). Desde esa experiencia –no desde un título colgado en la pared– me permito acompañar a otrxs. Ante mi estreno como terapeuta, siento miedo a no aportar: ¿será un grupo muy trabajado? Este temor se nutre de compararme con desconocidas, de pasarme el *feministómetro*.

Trabajando en grupo crecemos exponencialmente: las demás nos hacen de espejo y resonamos de continuo. Donde una no llega, puede ir de la mano de la otra. Lo que una siente como rareza ve aliviada que le pasa a casi todas. Este grupo de exploración de miedos se pensó sólo para mujeres. Hay vivencias íntimas femeninas, de ardua verbalización: la vida no se vive igual dentro de un cuerpo de mujer que dentro de uno de hombre. Antes del taller, ya intuíamos que el género se nos cruza en los miedos. Lo confirmamos al compartir –con gran autoexigencia– diversos miedos: a no cuidar bien a lxs otrxs, a desaparecer en relaciones sexoafectivas, a perder el equilibrio, ser represaliada, al rechazo o a la decepción de lxs demás, a no encontrar manada.

En el taller somos 13. No todas nos conocemos. Hay mujeres de Cambalache, de otras ciudades, de grupos de autodefensa feminista.

Iba a un taller que pensaba que me iba a revolver. Y me revolví. No esperaba soluciones mágicas, y no las encontré. Siento que es una manera de dar un impulso a ese trabajarme que voy haciendo en la vida.

Comenzamos meditando. Luego, ronda verbal para manifestar quién soy, qué me ha traído aquí, cómo está mi cuerpo, cuál es mi estado emocional, qué pido al grupo y compromiso de confidencialidad.

Para trabajar un miedo hay que concretarlo, reducirlo a una situación tangible. Ahí aparece el aspecto temeroso: aviso y emoción útil. El miedo es la segunda parte de la secuencia, precedido del registro de amenaza. La tercera es la respuesta interior a la voz temerosa. El miedo y la respuesta son dos personajes interiores a externalizar.

Danzamos tambores. En el cuerpo está todo. Arraigamiento. Primer chackra.

En mi cuerpo, el conflicto se manifiesta en rodillas y tobillos, expuestos a amortiguar, tratando de no «arrodillarse» ante exigencias, pero que acaban por cargar el peso de justificación, obligación o culpa.

Descanso. Luego cada una confecciona su lista de miedos. Una pregunta si 20 son muchos. Otra tiene tres. Los compartimos en fila móvil de parejas.

Fue increíble poder compartir todas juntas en un ambiente abierto y sin juicio. Lo que más me llevo es esa imagen de grupo, la conexión emocional.

Definir un único miedo. Intentar verle la carita: arteterapia. Plasmarlo en una marioneta. Algunas tardan en empezar y luego falta tiempo. Otras buscan materiales compulsivamente. Una mira más otras obras que la propia. Alguien se empeña en sujetar la marioneta hasta inmovilizarla. No hay fin estético. Se busca introspección. «Poner afuera» el miedo y la respuesta a él en una creación, para mirar de frente, dejar expresar y... entender.

Cada una presenta su marioneta al grupo. Pregunto y responden: ¿Cómo te llamas? ¿De dónde vienes? ¿Qué necesitas? Hay una marioneta que carga con un hatillo: ¿Qué cargas dentro? Un repertorio de excusas para zafarse de compromisos. A otra, sin ojos: ¿Qué evitas ver? El miedo, que golpea la espalda y acaba por dañarla. A la que tiene una estructura que constriñe: ¿Dónde estás? En la cárcel.

El segundo día de sesión, mientras llegan todas, bailamos en círculo. Danzar en el centro es tomar identidad y dejarse ver. También decir el nombre, trayéndose en presencia. Cada una cuenta cómo llega y qué sueño.

Viví el proceso abierta, no tanto como me hubiera gustado y fue por miedo al rechazo. Tomé herramientas para entender la secuencia del miedo. Identifiqué la necesidad de vivir la transformación social como algo lúcido y emocional.

Después, cada cual coge su marioneta del miedo y la interacciona con otras. Desde ahí cogemos el pulso a las respuestas interiores que se activan cuando le damos voz al temor.

¿Qué personaje se despierta al oír tu parte temerosa?, pregunto al grupo. Propongo un trabajo creativo para mostrar la respuesta en otra marioneta. Emerge el elenco: la Castigadora, el Cabrón vigilante, la Srta. Laarson (especialista en *hacerse la sueca*), el Dedo de la duda, Doña Exigencias, la Manipuladora Exploradora, la Sra. Desaprobación, la Exigencia Edulcorada, la Mujer Dos Caras, la Súper-respetuosa-independiente y el *Es Lo Que Hay* (*vamos-venga-a-tope*).

La respuesta al miedo se traduce en vivir hacia fuera, priorizando otras necesidades, calendarizando la vida en un bucle que me hace perderme. Eso refuerza el miedo: dejar de ser yo centrada en complacer, luego sentirme fatal, traicionándome a mí y a lo que realmente me importa.

Mi propuesta para cerrar es que cada una improvise un diálogo con sus dos marionetas en un guiñol. No todas aceptan. Reconduzco a una recogida final.

El taller fue dibujar una puerta, luego tú decides si entras o te quedas en el dintel. El tiempo de aplicarlo nos lo tenemos que dar nosotras.

Quizá la mayor parte de miedos vistos en la sesión tengan que ver con nosotras en relación y no tanto con nuestros proyectos de vida, los cuerpos que habitamos o la espiritualidad que desplegamos: tememos que no nos reconozcan, acepten, dejen ser... o nos amen (bonito y sano). Y surgen preguntas: ¿Qué muestra ese síntoma? ¿Cuál es la naturaleza del amor que nos autoprocuremos? ¿Realmente es una amenaza no ser querida?, ¿o la detectamos por aprendizaje de género? ¿Para qué manifestamos ese registro de miedos? ¿En qué lugar nos sitúa esto? ¿Desde dónde nos relacionamos (con ese temor al rechazo como sustrato)? ¿Qué vínculos construimos así? ¿Qué activa este miedo al rechazo? ¿...? 🌀

**NOTA**

Esta sesión se hizo para *La Madeja*. Cambalache, julio 2016.  
Contacto: ponteguapamariquilla@gmail.com

**ALGUNAS LECTURAS DE INTERÉS**

GUTIÉRREZ RODRÍGUEZ, Elvira (2011), *Arteterapia Humanista. Proceso gestáltico a través de los chakras*, Madrid, Mandala.  
LEVY, Norberto (1999), *La sabiduría de las Emociones*, Barcelona, Sudamericana.  
PEÑARRUBIA, Francisco (1998), *Terapia Gestalt. La Vía del Vacío Fértil*, Madrid, Alianza.

# Bucles en la sexualidad. Experiencias subjetivas sobre miedos y sexualidades

Carolina Checa Dumont

Sensaciones entrecruzadas, solapadas, incrustadas, instaladas, agarradas, encarnadas... que en muchas ocasiones bloquean, paralizan y que hacen que empecemos a visibilizar esos miedos que nos acompañan, que nos acompañaron, con los que convivimos o con los que lidiamos esporádicamente.

«Abrirse en canal» y mostrar toda la vulnerabilidad es la propuesta que hice a las diversas personas que ponen voz a este artículo<sup>1</sup>. Abrirse a exponer sus miedos más íntimos, los miedos nunca hablados o, quizás, no pensados de forma tan consciente, hablar de los miedos que nos hacen sentir más débiles, más pequeños<sup>2</sup>, con el objetivo de desenmascararlos, hacerles frente y visibilizarlos.

Experiencias reales unidas a miedos subjetivos que cada una colocamos en lugares diferentes y con representaciones simbólicas diversas. Miedos unidos a vivencias y experiencias vitales íntimas, colectivas, personales y políticas que nos posicionan de forma muy variada en la forma de verlos y de actuar.

Las formas que cada una tiene de gestionar los miedos son muy diversas y conocer los miedos de otros nos puede dar muchas claves para poder traspasar los propios. Una vivencia bastante presente en la vida sexual de muchas es la dificultad que sentimos en ocasiones al verbalizar un «sí» o un «no» ante propuestas, situaciones, personas...

<sup>1</sup> Agradecimiento absoluto a todas las personas que han compartido su vivencia, con las que he hablado, conversado, teorizado y que ayudan a repensar y empezar o continuar un trabajo personal o colectivo sobre las situaciones vulnerables en las sexualidades.

<sup>2</sup> Uso la «e», y no la «x» o la «@», para incluir y visibilizar la amplitud de vivencias que existen en cuanto al género, sexo y sexualidad, ya que la letra «e» sí pueden «leerla» los software de lectores de pantalla que usan personas ciegas, con baja visión o con dificultades de aprendizaje, para identificar e interpretar lo que pone en la pantalla (la «x» o la «@», en cambio, no).

C. MUJER CIS, 23 AÑOS, BISEXUAL: [...] **estar siempre a disposición sexual**. He acabado teniendo sexo sin en realidad querer por una especie de miedo a un rechazo posterior. Me he sentido muchas veces violada por mí misma, ya que he tenido mucho sexo sin quererlo, pero en ningún momento dando a entender que no lo quería.

He estado en terapia, en algún taller de feminismos. Voy aprendiendo a decir «no» cuando no quiero, y a no sentirme culpable luego. Intento interiorizar que decir que «no» a una propuesta sexual no es rechazar a la persona, sino la propuesta.

Antes tenía este miedo y no lo sabía [...]. Ahora sé cuál es mi mecanismo y hago una dialéctica conmigo misma cada vez que no quiero follar y, aunque me cueste, digo que NO. Aún hay veces que el miedo me envuelve y acabo follando sin quererlo, pero es diferente a antes porque por lo menos conozco mis mecanismos y los voy cambiando poco a poco.

La vivencia de la corporalidad a nivel estético y funcional a veces nos bloquea y corta ese fluir en la variedad de imaginarios en los que nos queremos mover y ver representados. Esa normatividad que tanto odiamos, en ocasiones, nos paraliza los cuerpos, cuerpos en continua mutación y transformación.

M. MUJER CON DIVERSIDAD FUNCIONAL, 56 AÑOS: Mis miedos sexuales siempre han estado relacionados muy directamente con mi **diversidad funcional** [...]. Se centraban en cómo me las iba a apañar para posicionar y mover mi cuerpo en consonancia con todo lo que veía y leía que hipotéticamente había que hacer para «poder tener sexo».

La consecuencia durante mucho tiempo fue [...] ponerme barreras psicológicas que hacían que sólo deseara tener sexo con la parte de mi cuerpo que no estaba «afectada», con lo que no pasaba más allá de mis senos.

Empecé a buscar información, muy escasa en la década de los ochenta, [...] y unido al deseo de sentir mi sexualidad de los pies a la cabeza, empecé a inventar mi imaginario personal y me lancé a la búsqueda de hombres (en mi caso, porque soy hetera) con quienes ponerlo en práctica.

Había perdido mucho tiempo, ¡había que recuperarlo!

M. BOLLERA-PRECARIA, activista para la autodeterminación de la salud sexual y activista queer-transfeminista de la disidencia sexual: [...] me encuentro con un cuerpo en transformación que me gusta cada día menos y que me provoca, sin sentido, mucha inseguridad a la hora de enseñarlo... Las inseguridades me han traído traumas que en este momento manipulan y monopolizan mi psique y mi comportamiento sexo-relacional, a pesar del maravilloso recorrido político hecho.

[...] Me doy cuenta de que, por estar tan increíblemente guapa a los 32 (ironía), son precisamente los miedos los que no me dejan gozar en paz. No me dejan experimentar

las sensaciones bonitas conectadas con el sexo y la afectividad, me encierran entre las rejas invisibles de la ansiedad, del rechazo, del miedo al rechazo, del miedo al fracaso, del fracaso, del dolor psíquico.

La misión de mi vida en este momento es dejar de huir de «los fantasmas de las sexualidades pasadas». Esto no significa que no me esconda de ellos. Sin embargo, mientras que hago todo lo que puedo para que no me encuentren primero, yo mismísima los persigo para ponerles bombas: tarde o temprano haré estallar su puta jaula de una vez y para siempre.

Las violencias que nos han atravesado y atraviesan a lo largo de nuestra vida dejan heridas y miedos instalados en nuestros cuerpos, en nuestros deseos, decisiones, identidades, prácticas, etc. Lamer esas heridas para que vayan curando no es cosa fácil, pero soles o en colectivo vamos creando alternativas de respuestas políticas a esos miedos que son brutal y agresivamente sanadoras.

J., 32 AÑOS Y S., 34 AÑOS, ASUSTADAS DE LAS ETIQUETAS IDENTITARIAS, INCLUYENDO LAS SEXUALES: [...] hay un miedo que compartimos: [...] es el miedo ante la indefensión, la incapacidad de actuar y el dolor provocado por los recuerdos de nuestras **experiencias de violación** [...]. Tener miedo ante el sexo para nosotras significa, pues, [...] tener miedo ante el dolor físico y/o emocional, la parálisis, la alienación, el asco y la sensación del propio cuerpo.

[...] Ambas pensamos que podemos cambiar algo enfrentando nuestra propia historia de la sexualidad, prescindiendo de relaciones sexuales con otros cuerpos en momentos de inseguridad propia, y a través de un trato más público del tema y de nuestro miedo. Palabra clave: la comunicación. La comunicación con amigos y con nuestras correspondientes parejas sexuales. Hablar sobre ello, para un trato responsable con nosotras mismas y con nuestros próximos, poniendo en el centro una sexualidad consensuada. Nos han ayudado tanto las lecturas como las conversaciones y discusiones en grupos feministas y con amigos.

S: Superar la vergüenza de hablar sobre el sexo, hablar durante el sexo, no dejar que la cabeza reaccione más rápido que el cuerpo, reclamar besos y largos abrazos, acordar señales que quieren decir «¡stop!» con las parejas sexuales, volver a decir sí y explicarme a mí misma y a otras que no decir «no» no siempre quiere decir que «sí».

Verbalizar otras narrativas supone identificarnos, repensarnos, supone sentir miedos, entender procesos, deconstruir inseguridades y compartir estrategias tanto individuales como colectivas para afrontar bloqueos. Visibilizar y compartir nuestras experiencias y vivencias responde a una necesidad de seguir politizando los miedos de las sexualidades diversas. 🗣️



# Volviéndose viento

Ana Fernández

Aya Guacaquillay dice que los *amarus* están enfermos por el hambre, tienen miedo a los viracochas y a los padres sacerdotes y, a que, antes que lleguen, se huyan volviéndose viento. Me enseña a alimentarlos y a curar sus dolores, a calmarlos cuando se vuelven peligrosos como animales heridos. La Aya dice que esto es a causa del desequilibrio que han traído los españoles, la maldición que consume a las montañas y a las gentes de los ayllus, que somos nosotros. Dice que antes los *amarus* no conocían el bien y el mal, que eso es cosa del padre Francisco, y que su poder era tan grande como abundantes las tierras y las ofrendas. Los *hapiñuñus*<sup>1</sup> volaban y robaban ganado a las gentes, enviaban tormentas pero también acudían con protección para aquel que los necesitara, eran los guardianes de la fragilidad que lo sostiene todo. Pero ahora es muy diferente, por eso tengo que aprender rápido y no escuchar al padre sacerdote.

Hace ya tiempo que los hombres huyeron lejos, a las haciendas del sur. Don Raimundo de Ávila, vuestra merced, el corregidor, es dueño de tierras y tributos que nadie puede pagar, por eso la Aya pide protección a Apo Parato, dios lo tenga en su gloria, como me dice el padre Francisco, para que todas las injusticias encuentren remedio. En la doctrina aprendemos mucho acerca del reino de dios, más

lejos de los vientos que cruzan las montañas, en el cielo de los ángeles. Nosotros somos los hijos del pecado aquí en la tierra y debemos encontrar perdón ante los ojos de nuestro señor. Los ángeles de los ríos y las montañas, Apo Parato, Huari, los *supais*, son hijos del demonio que nos ponen a prueba a nosotras las mujeres, fuente de todo pecado. Después de la doctrina, el padre siempre quiere hablar conmigo. Me pregunta por qué la Aya no ha asistido a misa y yo respondo que sigue muy enferma. Ella dice que está enferma desde hace generaciones, igual que todo el ayllu.

Cuando cae el sol subimos al río Yamqui a alimentar a Rara Puquio, la pequeña serpiente, con chicha, harina de maíz blanco y negro y coca. La Aya coloca los ídolos de los *apus*<sup>2</sup> frente a las ofrendas y pide protección para Pachacuti Tonapa, que huye de las gentes de Don Francisco por no pagar sus tributos, luego pide castigo para Don Raimundo por condenar a azote público a las mujeres del ayllu que aún no han sido bautizadas y canta para que Rara Puquio guíe y cure a la montaña de sus males.

El domingo ya no hay doctrina. El padre Francisco está muy enfermo, cayó por culpa de unas fiebres que sólo dañan a los españoles, por eso Don Raimundo dice que este mal es asunto del demonio y de todas las mujeres que le siguen en el pueblo. Dice que han hecho un pacto con el diablo y manda

traer a un hombre de la capital, Hernando de Avendaño, a quien llaman extirpador de idolatrías. El padre Francisco me lleva a presentarme frente a él. Pregunta si mi Aya sigue enferma y luego me hace jurar ante dios nuestro señor que ella es bruja y causante de los males que dañaron las cosechas el invierno pasado y las fiebres que ahora lo mantienen tan débil. Me llevan frente a Don Raimundo. Allí el hombre de la capital saca de un maletín trozos de metal que me clava y me corta por el cuerpo. Juro que mi Aya sólo mocha a la tierra y las estrellas y que llora al agua para honrar la palabra de Jesús nuestro señor. Después suben a caballo el camino de tierra que lleva hasta su cabaña y se la llevan en nombre de la iglesia y la real corona.

En la noche corro en busca de Apo Parato. Lo encuentro, más allá del río, enfermo y debilitado a causa del sufrimiento del ayllu. Canto para que Aya Guacaquillay esté a salvo y Don Hernando abandone nuestro pueblo, pero el Apo me responde que está muy cansado, y se queda dormido a mi lado. En la mañana desciendo al juicio público en la plaza de la iglesia, todas las gentes del ayllu están allí. El padre Francisco, cegado por las fiebres, acusa a la Aya de usar ciertas unturas y preparar *confectiones* de *yeruas* y *rayzes* para matar al que las da. Mi Aya apenas puede responder debido a los

Mi Aya apenas puede responder debido a los cortes y a las dolores. Don Hernando la interroga sobre su encuentro con el diablo y los sacrílegos pactos que le han otorgado estos dones. La voz de la Aya es un hilo muerto de viento.

<sup>1</sup> Espíritus o trasgos anteriores a la colonización española.

<sup>2</sup> La palabra Apu connota poder, lxs Indixs utilizaban este término para referirse a las divinidades.

# Abrazo de agua. Sobre pérdidas y comunes

Patricia Dopazo Gallego,  
Irene y Olga García Rocas



cortes y a los dolores. Don Hernando la interroga sobre su encuentro con el diablo y los sacrílegos pactos que le han otorgado estos dones. La voz de la Aya es un hilo muerto de viento. Les habla a nuestros señores sobre Rara Puquio, la serpiente, y los poderes de Huari y Apo Parato que, a pesar de su debilidad, le han ayudado a curar a algunas indias del pueblo.

Don Hernando acusa a la Aya de fornicar con la serpiente y de servirle con sus artes dando muerte lenta a los hombres de la iglesia. Dice que entierra en su choza figuras de sebo con espinas y alfileres, que envían enfermedades a los buenos cristianos. La Aya susurra que sus ofrendas a los *amarus* sólo velan por el equilibrio del ayllu. Sus ojos parecen cansados y dormidos como los de Apo Parato y, mientras Don Hernando dicta la pena, su cuerpo muere y su espíritu se huye y va por el aire, en breve tiempo largo camino, hacia la montaña. Don Francisco clama que el demonio se ha llevado a su hija con él. Es entonces que las gentes del ayllu se abalanzan sobre el cuerpo de la Aya Guacaquillay entre golpizas y gritos a la guarda de Don Raimundo. Las mujeres recogen a la Aya como a una brizna de hierba. Corro y las sigo entre los caminos dejando atrás el gentío y la lucha. Se adentran en la cabaña y cantan mientras la envuelven en fardo de vivos colores. Tomamos entonces los *apus* y el ajuar y huimos hacia el río, entrando en la noche.

Rara Puquio está en completo silencio, igual que Apo Parato. Ascendemos por la montaña más allá

de los vientos, hacia las tierras de Huari. Allí, en el *machay*<sup>3</sup> donde los antepasados fueron sepultados, le damos mortaja de *cumbe* como a las antiguas maestras. Lloro de miedo por la muerte de la Aya y el silencio de los *amarus*. Aquí arriba el viento es más fuerte. Es el abrazo de la montaña, llega para sanar desde el vacío, me corta de frío las heridas de metal y me pide que me quede. Siento una quietud helada.

En la noche hablamos sobre las enseñanzas de la Aya y la traición de los viracochas hacia nuestro pueblo. Decidimos permanecer en la puna como guardianas de Huari, lejos de los hombres del corregidor y lejos de aquellos que han huido de sus gentes para convertirse en aliados de los viracochas. Nosotras y nuestras hijas, tan lejos sobre el viento, nunca veremos el reino de dios, aunque sí conocemos su destrucción. Aquí, como guardianas de las viejas costumbres, velaremos por el frágil equilibrio de la montaña, el viento helado, aunque para ello quedemos condenadas para toda la eternidad. 🌀

SILVERBLATT, Irene (1995), *Luna, sol y brujas. Géneros y clases en los Andes prehispánicos y coloniales*, Cuzco, Centro de Estudios Regionales Andinos: Bartolomé de Las Casas.

<sup>3</sup> Cuevas utilizadas como tumbas colectivas por las comunidades precoloniales.

No puedo dormir.

Todo el día hemos estado impactadas por la noticia. Al principio no parecía verdad. Todas las informaciones venían de personas extrañas, de medios de comunicación extraños. Hemos tardado mucho en poder contactar con las compañeras de Honduras. Y al final nos lo han dicho: la han matado.

Ahora me doy cuenta de cuánto me ha aliviado haber vivido ese primer momento acompañada, haber compartido hoy en la oficina juntas la angustia y la incredulidad. Ella ya no vendrá a contarnos su lucha.

Cuando me he quedado sola, mientras caminaba hacia casa, esta pérdida se ha ido abriendo paso en mi interior y ahora la siento clavada en mis entrañas. La han matado mientras dormía, en su cama, así, como estoy yo ahora; bajo una oscuridad como ésta, que me inquieta y me remueve. Fuera empieza a llover. Me pregunto si habrá sentido miedo. Me pregunto si esa noche también llovía. Cientos de imágenes se enredan en mi mente...

La veo hablando con su río. Me mira de vez en cuando como si yo pudiera entender, haciéndome partícipe de su conversación. Y sí, es cierto que, al mismo tiempo que percibo con fuerza la tierra bajo mis pies descalzos, entiendo de qué habla ella con su río. Y también sé lo que el río le contesta, lo que el río le canta. Me sumerjo en el agua negra transparente y me estremezco.

Al rato, el calor me envuelve. Estoy prácticamente desnuda. Un murmullo de voces suaves me rodea mientras observo a mi alrededor a otras mujeres



sentadas. Hay maíz en el suelo, como recién cosechado, y estamos en una cocina comunitaria. El espacio es amplio y abierto, con un techo de paja de palmera cuidadosamente tejido y rodeado de árboles tropicales de verdes intensos. Me encuentro sentada en el suelo de madera con ellas mientras desgranar las mazorcas y charlan, ríen, algunas también cantan y otras se pintan el cuerpo con un tinte negro. Parece como si estuvieran preparando una fiesta... Alrededor, toda una aldea de casas de paja, rodeada de un bosque lleno de fruta, de pájaros de mil colores y mariposas.

De repente, todo cambia... aparecen hombres extraños vestidos con trajes grises y hablan de dinero, de leyes, de burocracia, de títulos de propiedad y de negocios, les acompañan policías armados. Dicen que todo les pertenece y muestran papeles llenos de textos ininteligibles, en una lengua extraña. Sus miradas son frías...

Disparos. Y después gritos, llantos, confusión, tiros, más tiros, llamas, fuego... El miedo me invade, un miedo que se apodera de mi cuerpo a la vez que lo hace del territorio en el que mi vida cobra sentido.

La luz del sol entra por mi ventana. Ya es de día. Ya no llueve. Sólo han pasado unas horas y ya está en marcha una reacción contundente y coordinada frente a su asesinato: homenajes, concentraciones, manifiestos, presión a organismos internacionales. Trabajamos en tejer y extender la respuesta a ese crimen, en explicar lo que significa, en extrapolar aquel suceso concreto a la realidad que nos rodea, ésa en la que el beneficio económico vale más que la vida.

La noticia de su asesinato aparece en todos los medios de comunicación, sin embargo, al salir del entorno en el que habitualmente me muevo y caminar por las calles de la ciudad, percibo indiferencia, resignación, alienación.

Me paro y me siento en uno de los bancos de la calle con la mirada perdida. Justo aquí estuvo el solar donde solía jugar cuando era niña, uno de aquellos que iban quedando perdidos en medio de la urbanización de los barrios. Recuerdo el improvisado campo de fútbol, el

grupo de árboles en el que jugábamos, la música del organillo y la cabra, el banco de la esquina lleno de batas y rulos por la mañana y, por la noche, de tacones y minifaldas. La mesa en la que los viejos jugaban al ajedrez, las huertas... Recuerdo pasar mucho tiempo allí bajo el cuidado de alguna vecina o de Juan, que nos echaba un ojo mientras atendía en la tienda... Nos conocíamos todas, yo sabía quién vivía en cada una de aquellas casas. En las fiestas del barrio montábamos una cocina improvisada al aire libre, decorábamos el espacio con banderitas de colores y bailábamos toda la noche al son de alguna orquesta. Me cuesta pensar en mi infancia fuera de aquel solar. Hoy, ese espacio ya no existe, el ayuntamiento se lo vendió al centro comercial que lo ocupa todo. Alegaban que estaba lleno de putas y drogas y que la rehabilitación mejoraría los negocios en el barrio. Sin embargo, Juan cerró la tienda y, como él, los otros pequeños comercios. Hoy sólo hay un enorme edificio de cemento y cristal rodeado de bloques de pisos que fueron surgiendo con la revalorización de los terrenos. Y está este pequeño parque, pero las niñas ya no bajan a jugar, ahora se quedan en sus casas. La gente ya no se conoce y además desconfía, tiene miedo. Ya no hay huertas ni árboles y los bancos que colocó el ayuntamiento son fijos y están separados, no sirven para encontrarse y charlar.

Empieza a llover. Como si acabara de abrir los ojos por primera vez o hubiera regresado de un viaje en el tiempo, me siento repentinamente despojada, huérfana. Siento como si me hubieran arrancado una parte de mi cuerpo, un espacio colectivo que dignificaba mi existencia.

Me descalzo y pongo los pies sobre el asfalto. Miro a mi alrededor buscando un pedazo de suelo. Mientras camino, las gotas de la lluvia serpentean por mis piernas. Me paro sobre un pequeño trozo de tierra y, cuando la piso y siento la humedad bajo mis pies, su imagen vuelve a mi cabeza. No puedo evitar preguntarme qué habría pensado ella si estuviese aquí de pie conmigo, arrinconadas las dos entre cemento gris. 🌀



Miedo a  
la pre-<sup>Bitxo</sup>ca-  
riedad: montañas,  
dineros, trián-  
gulos inverti-  
dos y estrellas

